

Biblioteca
ANDR

BIBLIOTECA NACIONAL

L. 48-Bis 2-S. N.

Folleto - 7

Quito-Ecuador

A. T. L.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

LA LEY DEL PROGRESO

EL ECUADOR

EN LOS

ULTIMOS QUINCE AÑOS

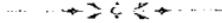
QUITO

Casa Editorial de J. I. GALVEZ

1909

Folletones de "El Ecuador"

LA LEY DEL PROGRESO



EL ECUADOR

EN LOS

últimos quince años.

POR

Alejandro Andrade Coello

QUITO

1910

CASA EDITORIAL DE J. I. GALVEZ.



La ley del progreso

EL ECUADOR EN LOS ÚLTIMOS QUINCE AÑOS

POR

Alejandro Andrade Coello.

I

Homero nos enseña que en los combates de griegos y troyanos se mezclaban los dioses con los hombres. Las divinidades del Olimpo no creían motivo de apocamiento ó deslustre bajar de sus augustas moradas á enardecer la pelea de los míseros mortales. Al mismo preclaro genio de la poesía se supone que, abandonando su trompa épica, se entretuvo en seguir el combate de las ranas con los ratones. Sería el descanso, el sueño del ciego de Esmirna que dijera Horacio.

Si del Olimpo literario se trata, cosa igual me sucede, pigmeo mortal: voy á atraverme á lidiar—noble y esforzada lid—con un dios de la poesía, el excelso lírico azuayo doctor don Remigio Crespo Toral. Consuélame, no obstante, que el mimado hijo de Apolo no pulsará la lira para el singular torneo: no son epinicios ni ditirambos los de la política. Es la prosa, la común prosa de la vida pública ecuatoriana el tema de su castizo estadio que se lla-

ma "Cien años de emancipación.—1809—1909—Introducción á un programa político."

Mas, ahora que reflexiono bien, no es batalla la empeñada, porque en muchos puntos estoy de acuerdo con lo que desenfadadamente expone el señor doctor Crespo Toral; le abrazo de corazón y bato palmas. Son algunas rectificaciones las que intento; algunas pinceladas de luz en la penumbra del cuadro; un ligero esfumino para las crudezas y pesimismo. Me impulsa á la tarea el buen nombre de la patria, desventurada y todo lo que se quiera; pero no en estado de conquista. Y, sobre todo, quiero dejar en claro que la intolerancia jamás puede ser racional forma de gobierno. Asirse intransigentemente á un credo es morir en la sociedad, como la poderosa corriente eléctrica mata al que se ase de sus hilos. Cuando quiere soltarlos, ya es tarde.

II

Se van á reir —con mureca despectiva— los que no me comprendan. Los liberales de nombre me llamarán conservador y los conservadores de conveniencia, descreído, hereje ó cualquier epíteto que en otra época era sentencia de muerte, si no la material, siquiera la moral; el aislamiento como á un apestado, la excomunión como á los bandidos del tiempo de Carlomagno. Y lo que voy á expresar, con respeto y sinceridad, es que no sólo á la cabecera de mi lecho sino también en mi escritorio me acompaña un crucifijo. La radiosa imagen de Cristo, doliente y escaruecida, me mira de continuo. Su figura venerada se levanta en mi alma sonriéndome en mis tribulaciones, derramando suave bálsamo en las negras horas de la vida, sirviendo de ejemplo en los naufragios de la conciencia y en las crueles dentelladas del egoísmo.

El crucifijo de mi cama es un recuerdo de la santa y de la mártir; de mi madre. Ella creyó con profunda piedad, con intensa fe en su Dios. ¡Ben-

dita sea la memoria de la ejemplar mujer que supo orar por sus hijos! No soy sectario, no soy jacobino; por esto no he desterrado aquel símbolo, y constantemente lo tengo ante mi vista: un Dios para mi madre; el más excelso de los hombres, el justo por excelencia para mí, que respeté su credo.

El otro crucifijo—el que se alza junto al busto de Pericles en mi revuelta mesa de labores—más grande es y de aspecto mucho más grave: es la obra de arte. Dicen que por ella anduvo la diestra mano del *Caspi-cara*. Religiosamente conservo esos crucifijos, sin amoscarne ni protestar, como hacen los maldicientes *crístòlogos* que tratan de negar á Jesús su más sublime creación: la caridad, sin campanillas ni conveniencias ulteriores.

Inspirado en las doctrinas de Cristo acostumbro ver las cosas. No me anima nunca el odio, sino el amor. La caridad tiene mil formas y es desinteresada: una de las más admirables, el perdón al enemigo. Si á veces la pasión nos arrebatá, debemos al instante, recordando lo que hizo el divino Maestro, serenarnos y tornar al reinado de la caridad, masedumbre que nos pone á flote. A la fiera humana, vence el cordero inmaculado.

Y Cristo, ó no es comprendido por la mayoría de los ecuatorianos ó han olvidado su doctrina, por más que los labios fríos y el corazón marmóreo prurrampan en aparentes alabanzas á su nombre.

El modo de proceder de la generalidad no es de cristianos; quizá sea de católicos, pero alguno de éstos ha hecho de Cristo una bandera de combate. ¿Caridad? ¿En dónde te ocultas virginal virtud? El odio fermenta, el odio ciega. ¿Qué historia, qué progreso, qué sacrificio con tan burda venda en los ojos, con el espumarajo de la inquina en los labios, con el veneno del rencor en el pecho vengativo?

III

La vida de los pueblos se cuenta por centurias. Cada siglo, en el reloj del mundo, es menos que una hora, y es apenas algo como un renglón en el gran libro de la historia.

Las guerras, los movimientos de retroceso, las irvaciones, la decadencia que en los anales de la humanidad se registran han durado ciento y más años á las veces; y no por estas derrotas y turbulencias se ha de juzgar tristemente del progreso de un pueblo.

Después de la destrucción del floreciente Imperio Romano, regido por sabias leyes, ¿qué fue de la mayor parte de Europa en la Edad Media? El ciclo de hierro del feudalismo, el reinado del abuso y de la ignorancia, el predominio de la fuerza, del capricho y de la costumbre, únicas leyes, salvando las provechosas y algún empeño de cultura.

¿Qué es hoy el Viejo Mundo? El emporio de la ciencia, que en universidades y laboratorios se empeña en el desentrañamiento de modernos problemas; la fuente de la industria que por medio del trabajo y de la economía quiere que en el alma del obrero se refleje un cielo. De la paz del individuo irá á la de las naciones cuando obtengan fruto las conferencias de la Haya.

En la colonia vivió el Reino de Quito en tinieblas, y no solamente el Reino ni lo que en el día es República del Ecuador, sino la América Española, considerada en conjunto.

La ley ineludible del progreso—infatigable zapa—dor—desbrozando aquí, cabando allá, abatiendo la selva y la montaña, fue poco á poco despojando el sendero, para que se columbrara el horizonte. Nuestros padres comenzaron á mirar más claro, y alboré entonces la tentativa de emancipación, el primer grito de libertad sudamericana. El ejemplo viaja en alas del huracán. Por todas partes el desperezo de los mejores asustó á los que sostenían el antiguo

régimen. Repercutió el toque de rebato, y la guerra magna, la lucha de titanes se generalizó de México á la Argentina.

Quito, que con la sangre de sus mayores se bautizó de "Luz de América," era misérrima ciudad, obscura y olvidada. Por medio de su audaz iniciación de libertad, reveladora de genio, salió de las sombras, como un nuevo Lázaro que surgiera del sepulcro.

No es un siglo todavía de la absoluta pacificación de la América latina que, llegada á su mayor edad, se creyó con derecho á sacudir el tutelaje español y formar casa aparte.

Tampoco es una centuria de la creación de la República del Ecuador, cuando, separándose de Colombia, comenzó á cuidar de su propia existencia. Unicamente son cien años del histórico levantamiento de un grupo de quiteños que por primera vez hablaron de independencia. Pronto celebraremos también el centenario del fecundo sacrificio en aras de la idea redentora.

¿Hemos prosperado ó nó en este insignificante lapso de tiempo? Los vegetales, los animales, aun los de menor escala zoológica, viven siglos. El perpetuamiento de las naciones—nobilísimo de suyo—no puede parecerse al de los seres vulgares. Su vida requiere como unidad de medida un siglo. El primero debiera ser, menos que de lactancia, de concepción, período embrionario. Después vendrá la prueba: los primeros pasos del niño. ¿Por qué entristecemos de nuestra infancia? Fuimos adultos para salir de la patria potestad; pero en el nuevo hogar somos infantes. Tal vez el bebé no acierta á andar, tal vez sus pinitos son ridículos. . . . ¡Quién sabe si el hombre del mañana llegue á ser un gigante que asombre á la humanidad!

Pensar lo contrario, es empeñarse en medir con una pulgada el perímetro del planeta, ó seguir con un microscopio el curso de los astros. En el portaobjetos de este aparato se agranda lo minúsculo: el

zoosporo será un elefante y la pulga un mastodonte; pero lo colosal se opaca, se borra. Los pueblos son cíclopes: miradlos de lejos, á través de las edades y con telescopio. Caminan vertiginosamente. ¿Por qué llorar si el que juzgamos lento paso no fue muy recto en sus comienzos?

No se compare el progreso de la América del Norte con el de la Central y del Sur. Causas diferentes de formación, pensamiento, raza y hasta de condiciones topográficas contribuyeron al rápido florecimiento de los Estados Unidos. Sus fundadores fueron filósofos, gente de paz; los conquistadores de la América Meridional, soldados, muchos de ellos intonsos, aunque valientes hasta pecar en temerarios.

La religión cristiana, de sinceridad y de reforma, se extendió en la tierra ilustrada por un Washington; la religión católica dominó despiadadamente en la cuna de los ilustres Montezuma y Cuauhtemoc, Manco-Capac y Atahualpa, aherrrojando muchas veces cuerpos y conciencias. Ahí está el intolerante Valverde, sombría figura de la historia. Por un Las Casas, por un La Gasca, ¿cuántos tiranos y corruptores de las almas? . . .

Verdad es que las ideas, cualesquiera que sean, y los credos, por absurdos que parezcan, contribuyen al progreso humano. En la misma Edad Media, no todo fue bochornoso y estacionario. El progreso, en su lenta campaña, empenó admirables luchas. Si algún monje borraba de los clásicos pergaminos el dístico de Horacio ó el exámetro de Virgilio para sustituirlo por la vida de algún santo obscuro, otro benedictino del trabajo rescataba los venerandos monumentos de la antigüedad.

Y en especial en España la Edad Media de la historia fue su mejor período: el de la tolerancia y la libertad. Por medio de un retruécano, lo que se llama Civilización Moderna debía ser, tratándose de España, su Edad Media, y ésta, la verdadera Edad Moderna. La inquisición que amontona combustible contra la ciencia, la intolerancia religiosa, el poder

absoluto del clero, asoman sus rostros siniestros en el reinado de los Reyes Católicos. En siglos anteriores, no hubo nada de esto.

“La España de entonces recibió con agrado á las gentes que venían de Africa: los pueblos se entregaban sin resistencia; un pelotón de jinetes árabes bastaba para que se abriesen las puertas de una ciudad. Era una expedición civilizadora más bien que una conquista, y una corriente continua de inmigración se estableció en el Estrecho. Por él pasaba aquella cultura joven y vigorosa, de rápido y asombroso crecimiento, que venía apenas acababa de nacer: una civilización creada por el entusiasmo religioso del Profeta, que se había asimilado lo mejor del judaísmo y la cultura bizantina, llevando además consigo la gran tradición india, los restos de la Persia y mucho de la misteriosa China. Era el Oriente que entraba en Europa, no como los monarcas asirios por la Grecia, que les repella, viendo en peligro su libertad, sino por el extremo opuesto, por la España esclava de reyes teólogos y obispos belicosos, que recibía con brazos abiertos á los invasores. En dos años se enseñorearon de lo que luego costó siete siglos arrebatárles. No era una invasión que se contiene con las armas: era una civilización joven que echaba raíces por todos lados. El principio de la libertad religiosa, eterno cimiento de las grandes nacionalidades, iba con ellos. En las ciudades dominadas, aceptaban la iglesia del cristiano y la sinagoga del judío. La mezquita no temía á los templos que encontraba en el país: los respetaba colocándose entre ellos, sin envidia ni deseo de dominación. Del siglo VIII al XV se fundaba y desarrollaba la más elevada y opulenta civilización de Europa en la Edad Media. Mientras los pueblos del Norte diezmábanse en guerras religiosas y vivían en una barbarie de tribu, la población de España se elevaba á más de treinta millones, revolviéndose y amasándose en ella todas las razas y todas las creencias con una infinita variedad, engen-

áfradas de poderosas vibraciones sociales, semejante á la del moderno pueblo americano. Vivían confundidos cristianos y musulmanes, árabes puros, sirios, egipcios, mauritanos, judíos de tradición hispánica y judíos de Oriente, dando lugar á los cruzamientos y mesticismos de muzárabes, mudéjares, muladíes y hebraizantes. Y de esta fecunda amalgama de pueblos y razas, entraban todas las ideas, costumbres y descubrimientos conocidos hasta entonces en la tierra; todas las artes, ciencias, industrias, inventos y cultivos de las antiguas civilizaciones, brotando del choque nuevos descubrimientos y creadoras energías. La seda, el algodón, el café, el papel, la naranja, el limón, la granada, el azúcar, venían con ellos de Oriente, así como las alfombras, los tisús, los tules, los adamasquinados y la pólvora. Con ellos también la numeración decimal, el álgebra, la alquimia, la química, la medicina, la cosmología y la poesía rimada. Los filósofos griegos, próximos á desaparecer en el olvido, se salvaban, siguiendo al árabe invasor en sus conquistas. Aristóteles reinaba en la famosa Universidad de Córdoba. Nacía el espíritu caballeresco entre los árabes españoles, apropiándose lo después los guerreros del Norte, como si fuese una cualidad de los pueblos cristianos." (1)

¡Cuán saludable el valimiento del principio de tolerancia en la Edad Media, en la que se refiere á la España de los moros, que dejaron la inolvidable huella de su cerebro y el empuje de su brazo! ¡Qué contraste con el férreo catolicismo del resto de la Europa de aquel tiempo!

No combato su propaganda en oposición á los avances de la barbarie. Censuro el abuso de la idea cristiana que, creyéndose la única poseedora de la verdad, miraba á los demás como réprobos si no

(1) Vicente Blas, o Ibáñez — La Cañada

acataban su comunión. Abusar de una idea, de un sentimiento, es convertirlos en lagos de sangre.

El libre examen del evangelio nació de la reforma religiosa, fue valiente voz de protesta; el catolicismo, sin negar los servicios que un día prestó á la humanidad, es, sobre todo hoy, lo estacionario, la cristalización de lo consciente.

Los países católicos, á causa de la férrea creencia que con sus duros anillos les ata de pies y manos, van quedando en segunda línea entre los más florecientes del globo. Consúltese la estadística y ábrase la Geografía del prolijo Reclus. Inglaterra, Alemania, Suiza, no son católicas; Rusia no lo es, ni Austria, ni Rumanía, ni Servia, ni Bulgaria, ni Turquía; Francia, en su generalidad, abraza el frío indiferentismo, y estoy á punto de decir que es descreída: solamente los bretones son sinceros católicos; Italia, desde su unidad, digna herencia de Alberigo Gentili, Mazzini, Cavour, Garibaldi y otros esforzados cerebros, no obedece al Vaticano.

Hombres que con su ciencia y trabajo han redimido á la humanidad, como Stepheson, Fulton, Watt, Cartwright, Morse, Whitney, Palisse, Drake, no fueron católicos. El intrépido David Livingstone, que penetró al corazón del Africa, no hizo migas con el catolicismo. La falange bienhechora y cosmopolita va creciendo con Washington y Lincoln á la cabeza. Miradla: Froebel, Pestalozzi, Edisson, Brush, Nobel, Sholes, Gail Borden, Ericsson, Hawey, Krupp, Carnegie, Raikes, Burrit, Gutenberg, Arkwright, Newton, Jenner, Howad, Marconi. Podría citar centenares de augustos nombres que no han sido católico; jefes de estado, inventores, filósofos, artistas. Basta recordar la cabeza blanca del venerable Gladstone.

Ciertos católicos, no todos, infatigables en su credo-se creen poseedores de la verdad: á los q' no están con ella, se les empuja al Averno como mentirosos; se les cierra todas las puertas, con las del paraíso, hasta las de la razón. O han de abrazar, *velis nolis*, el

catolicismo, ó han de emigrar del planeta, llevando el estigma de perversos é impíos. Igual acontece con ciertos protestantes. Rechazo todos los fanatismos; las exageraciones de uno y otro bando.

Sólo quienes tan estrechamente piensan, pueden aplaudir el crimen que ha hecho temblar de coraje á la tierra: el asesinato á un obrero del pensamiento, á Ferrer, publicista y director de la Escuela Moderna de Barcelona, al eminente periodista catalán don Francisco Ferrer y Guardia. ¿No será martirio la muerte en aras de un ideal? Ferrer propagó sus ideas, trabajó por la difusión de sus doctrinas. Tuvo dinero y buen nombre. Se lo quiso enlodar, se lo quiso mezclar con el anarquismo de pega, terco y fanático—triste reverso del grotesco medallón católico—á fin de echar sobre él las iniquidades de Barcelona, en medio del grito de protesta contra el proceder de los de arriba en la pobre y amada España. Habla de su gobierno el notable don Benito Pérez Galdós: "El sistema político vigente no es otro que el contenido en la frase vulgar *lijeras han de ser*. La guerra de Marruecos y el gravísimo estado de Barcelona, han de ser lo que el gobierno quiera, y no más que esto. Hombres, que por grandes que sean no pueden igualarse á Dios, han pronunciado el tremendo *fiat*. Hágase un criterio cerrado y fijo, al cual se le ha de ajustar inflexiblemente todo cerebro español. Esto, bien se ve, sería risible si no trajera turbación tan grande á estancación, afligida yá de anteriores desdichas. Trabajo le mando al que hag las efemérides de este verano tristísimo y pretenda contar todos los desatinos del gobierno, incansable en el afán de amargar la vida de los ciudadanos. Ejemplo bien próximo de la presuntuosa severidad del poder, es el caso inaudito de Romeo, abrumado bajo el papeorio de cinco procesos y encarcelado cruelmente por los rigores de la ley de jurisdicciones, promulgada para castigar ultrajes á la patria y al ejército. Al ver entre rejas al infatigable periodista, podían

creerse que está preso por haber escrito una cartillita para enseñar á los niños el odio á la patria y el menosprecio de las glorias españolas. No, no es por eso. A los que tal hacen, se les apedrea con la gran cruz de Isabel la Católica, justo castigo á su benignidad. En los escritos de Romeo resplandecen un patriotismo ardoroso y el amor al ejército.”

¿Y en los de Ferrer? Pero supongamos que se tratara de un criminal empedernido. ¿Se puede, en nombre de la ley, castigar irreparablemente, con una pena total, sin remedio, como la muerte? La libertad humana no lo piensa así. ¡Qué viva la intransigencia sectarial!

Con toda el alma, deploro las tragedias de Barcelona, sus incendios y asesinatos, todo lo que se moja con el gélido sudor de la agonía. Mientras tanto, los intolerantes, consumidos por el odio, se reirán del sacrificio de Ferrer.

¿Cuál fue su delito? Pensar; ¡cómo si el pensamiento, en cualquiera de sus formas atrevidas, use fatal sentencia de obliteración de la vida! Quiénes son sino exagerados los que embotellan á la verdad y levantan patibulos al pensamiento? No lo encerremos jamás dentro de la máquina neumática de la intolerancia, en la que se hace el vacío, que es la muerte.

La intransigencia es morbosidad incurable, aterradora, mucho más que la lepra y la ceguera, de las que se puede á veces salvar, aunque sea por un milagro de la ciencia.

¡Qué todos los católicos sean sinceros y caritativos, que estudien y amen para que produzcan obras inmortales!

Si mañana, como abnegados misioneros, llevan la dulzura y el evangelio á lo más espeso de las selvas y alcanzan el martirio, lloraré desesperadamente su muerte, como la de un hermano.

IV

No me conformo con la matadora duda de que somos ineptos para la vida independiente. La más ligera vacilación al respecto debe encendernos el rostro. Me duele también el pesimismo estacionario de que en un siglo—del primer grito de iniciativa emancipadora á esta parte—no hayamos adelantado un ápice. Dar curso á esta especie, es negar la ley del progreso.

Las naciones que, penetradas del espíritu de libertad, consiguieron regirse cuanto antes por constituciones amplias que abran sus puertas á todas las creencias, son muy prósperas, como la Argentina que tiene templos y periódicos de diversos ideales y religiones; Chile que, pensando con madurez, no ha aplastado al santuario protestante ni á la pagoda china.

Extender los brazos para recibir fraternalmente á los individuos de todas las comuniones de la familia humana, es progresar. ¡Bien venida sea la honradez encarnada en protestantes, católicos, judíos, musulmanes y budistas! Con este abrazo, florecen la inmigración, la ciencia, la industria, el comercio, las buenas costumbres y el cambio de las ideas. Ridículo sería arrojar del seno social al hombre útil, porque ha sido excomulgado, ó dejarse morir de hambre por no comprar víveres en la tienda del bracmán. Síntoma de locura, pecado mortal contra la higiene del cuerpo y del alma, es impedir que el aire y la luz penetren al antro tenebroso y hediondo. Tal ha acontecido en el Ecuador lustros de lustros. Las aduanas comisaban los libros filosóficos cual mercancía prohibida. Hasta los periódicos disidentes eran despedazados en las oficinas de correos. Por casualidad, lo que hace un siglo ó siquiera cincuenta años era moneda corriente en Europa, llegaba como obra flameante, confundida con algún devocionario. Con tan absurdas medi-

das ¿se podrá concebir la claridad, la salud, el desarrollo moral y físico?

A pesar de todo, en virtud de la incuestionable ley del progreso, débiles rayos de sol se filtraron por los intersticios de algunas mentes y conciencias, y henos aquí en el camino del adelanto. El salto ha sido brusco: ya moderaremos el paso. El delirio de la victoria hace á veces olvidar la disciplina; pero todo queda en breve severamente encarrilado.

No obstante los grillos y calabozos, la inescrutable evolución se impuso.

Con la historia en la mano, siguiendo imparcialmente los hechos uno por uno, sin ofuscamientos de partido, no sería difícil de probar que en los últimos quince años nos hemos civilizado más que en los ochenta y tantos anteriores, desde que nuestros padres soñaron en buena hora con una patria libre.

Las citas á la madre España, á la que amo respetuosamente, cual cumple á los buenos hijos, no son con ánimo de hierirla. En los actuales momentos, cualquier pulla poco caballerosa contra ella, sería impertinencia, alusión de mal tono. No es culpa de la madre el extravío de tantos inhumanos á quienes les dio el sér. Ellos se empeñan en desprestigiarla; pero su augusta sombra se yergue radiosa, con la sublimidad de las creaciones inmortales. Reconozco sus grandes errores, sus inauditas violencias de antaño, como las que cometieron con árabes y judíos; pero me entusiasmo con su va or indomable, con su clara inteligencia con la finura de su espíritu, con su virilidad indiscutible, con lo caballeroso de su porte, con lo melífluo de su idioma, el más lógico, rico y sonoro de todos los que andan por el mundo en el tráfago incesante. España supo verter su sangre en brava lid por su Dios, por su rey y por su dama. El sentimiento del honor fue su religión; su intrepidez, la genitora de grandes campañas y conquistas.

También hago presente que muchos de los des-

víos de la España del período colonial, no sólo fueron propios del temperamento de raza y de la viciada educación, sino principalmente consecuencias del tiempo.—triste corolario de un estado de cosas erróneo—, restos del cuadro sombrío y belicoso de lo que he llamado su Edad Media, (no la que por lo común se conoce en la historia) que empujaban fatalmente á España, que, á pesar de los pocos esfuerzos en pro de la perfección humana y del trabajo aislado pero gigantesco de algunos genios, proyectó pavorosas tinieblas, hasta que los enciclopedistas del crepúsculo del siglo XVIII y los cañones de la Revolución Francesa las disiparon, como el sol ahuyenta el tropel de negros nubarrones.

La sed del oro y de la sangre venció á la del libro en la colonia. El espíritu aventurero empuñaba con brío la espada y se lanzaba audaz por mundos ignorados, en tanto que los que estudiaban la naturaleza de esos mundos eran muy pocos. No se impuso el español como principal obligación la de ilustrar á los criollos de las distintas regiones de la América. Varios de los indomables y rudos conquistadores ibéricos leían á duras penas; pero no se distinguían por su ilustración, menos por las virtudes educadoras. La escuela estuvo en manos de gentes que ignoraban la práctica de la vida, gremios absolutistas que encerraron á la razón en una como tumba.

Olvidemos todo ante la fatalidad de hechos consumados, y si nos acordamos de España, sea para bendecir sus empresas de mérito. ¿Sus defectos, sus errores, sus abusos?... Ya no es oportuno recalcarlos ni emplear la valiosa herencia de su melifluo idioma en buscar dicciones ásperas, palabras sesquipedales á fin de ejercitar contra ella el dicerio. A la madre, se le perdona todo, y se la bendice con cariño venerando. Como quiera que haya sido; ¡pero al fin es madre!

Las letras coloniales, y aun las de los albores de la independencia, valen muy poco en lo que hoy se llama República del Ecuador. ¿Y la ciencia? Por un Maldonado, por un P. Velasco, cuánta gente ignorara y supersticiosa. Rastreando con curiosidad de anticuario, encontraremos centones de versos impregnados del mal gusto de la época, en los que el gracejo chirle, el conceptismo, la metáfora hinchada, la pobreza de ideas desesperan. ¡Ninguna obra de aliento, capaz de que aplauda la humanidad! El gongorismo se repite tanto, que mortifica. Esas poesías—si así puede llamárselas—son fútiles, de temas religiosos, ramilletes marchitos é inodoros, villancicos, ni siquiera composiciones á la manera de las cantigas de Alfonso X; florilegios mediocres, décimas rastreras, coplas indecentes, epigramas tontos, poemas devotos que no enseñan ni mejoran la especie; tratados de teología, de lógica pedante, de escolástica ramplona; obras huérfanas de fondo y forma, caducas, machaconas abominables.

Fue mal de América la pobreza del pensamiento y lo antiartístico de la ejecución. Hasta la renombrada décima musa mexicana, sor Juana Inés de la Cruz, cuántas barbaridades, conceptismos, tauologías mezcla en su labor de estirpe.

El teatro, que es señal de vida y civilización, casi no fue conocido en la América Española. Que lo diga Juan Ruiz de Alarcón, que ejerció su actividad lejos de su patria; que nable también el mexicano Gorostiza y el peruano Segura.

La primera universidad y la primera imprenta sentaron sus reales en el vasto Virreinato de Nueva España. Allí no escasearon los certámenes literarios, á los que concurrían turbas de copleros y rapsodas; y, sin embargo, no son modelos, ni por la forma ni por la sustancia, *El Peregrino Indiano* de don Antonio de Saavedra Guzmán, *México Conquistada* de don Juan de Escóiquez y la *Hernandía* de don Francisco Ruiz de León, para no citar otros partos laboriosos, pero antiestéticos y quizás inútiles. Mu-

chísimo más que éstos y que la *Canción alegórica al desengaño* de Matías Bocanegra, vale la científica consagración del estimable Sigüenza y Góngora, perdonándole sus rarezas que se pintan de cuerpo entero en el título siguiente de una de sus obras: *El Belerofonte matemático contra la Quimera astrológica*. Lo demás—no es una profanación á la antigüedad—se llama simplemente desperdicio de tiempo, como los dísticos *retrógrados* de Juan de Valencia á Santa Teresa, las barbaridades del *Panegyrico de la Paciencia* de Luis de Sandoval y Zapata y los adiosos de Pedro Muñoz de Castro. ¿Quién bautizó sus lucubraciones quilométrica y ridículamente? No os riáis de esta maravilla: *La Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa* &c. 6 del primor siguiente: *Ecos de las cóncavas grutas de Monte Carmelo y resonantes batidos tristes de las Raqueles ovejías del aprisco de Etlas Carmelitano*.

Y si esto acontecía en el país más adelantado de América, ¿qué pensar de los restantes?

El esfuerzo intelectual del memorable inca Garcilasso, descendiente de ilustre prosapia, Huayna-Capac y Atahualpa, raza vigorosa que fue abatida sin misericordia—derrama fulgores en medio de la penumbra colonial. Corre el siglo XVII y se va notando la invasión del mal gusto, como se observa en los relatos y piezas de la *Solemnidad fúnebre y exequias de Felipe IV* que colectó, con algo de propia cosecha, don Diego de León Pinelo. En el XVIII, entra de lleno en la sombra el Perú.

Entreteníanse los jesuitas en la Audiencia y Capitanía General de Guatemala,—hoy la América Central dividida en cinco repúblicas,—en presentar á Jesús bajo las impropias alegorías de Esculapio, águila, ciprés, fénix y qué sé yo; en tanto que el abogado Manuel de Taracena componía sus *Lágrimas de Aganipe*.

En el Virreinato de Buenos Aires se empeñaba en contarnos sus quimeras y sueños vesánicos el arcediano, don Martín del Barco Centenera, en su *Ar-*

gen?ina, en la que abundan monstruos ante los cuales nada serían los antediluvianos, anfibios de horrible familia zoológica y “matiposas que se convierten en ratones.” ¿Qué más de extravagante en aquellos siglos? Tal vez la versión debida á Serrano. ¿No imagináis de qué? *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, clásica obra del fecundo y enérgico P. Juan Eusebio Nieremberg, trasladada a la lengua indígena guaraní. Tarde, en 1821, se organizó la Universidad de Buenos Aires. La prensa de esta ciudad se estrenó, según se asegura, con unas décimas consagradas al septenario de los dolores de María Santísima.

Chile, que después de su independencia viene dedicándose a trabajos serios y científicos, pierde quince largos años en escribir el soporífero *Ignacio de Cantabria*, del licenciado Pedro de Oña. ¡Lástima de esfuerzos que ha esparcido el viento! En esta misma simpática tierra se ocultaba, sin duda abrumado de vergüenza, bajo el seudónimo de Pancho Millaleubu, el autor de la *Tucapelina*. El teatro, planta exótica, era combatido por el obispo de Santiago don Manuel de Alday y Aspe, fundándose en razones teológicas.

Componía en Cuba *loas* sin mérito y versos relativos á las reglas de su profesión el médico y farmacéutico don José Surí y Aguila. ¿Qué más? El presbítero Diego de Campos relataba, en abominables décimas, el sitio de la Habana.

Desierta hallábase en Santo Domingo su Imperial y Pontificia Universidad, á pesar de sus epiteos de lujo. ¿Qué obra de redención se iba desenvolviendo en las entrañas de esta isla? Los pésimos sonetos de don Eugenio de Salazar que con místico encarecimiento se complacía en dedicarlos á la monja doña Leonor de Ovando, la que le devolvía el obsequio en igual moneda; las quintillas del presbítero Juan Vásquez, en una de las que, no obstante la improvisación, hablaba de su ignorado fin, que en

realidad fue trágico; y las décimas satíricas y sir sustancia con que fastidiaba el negro *Meso Mónica*.

Puerto Rico vegetó en la obscuridad, sin parto alguno que asombrara al mundo. Carecía de buenos centros de educación y apenas contaba con algunas escuelas. Sólo en 1814 aparece el *Diario Económico*; pero hasta el año de 1843, el país no produce ningún escritor nacional de fuste.

Escasa fue la cultura en la heroica Venezuela, nidada de patriotas. No había nacido aún Bolívar para la profética peregrinación al Monte Sacro, ni el inmortal legislador, gramático y poeta don Andrés Bello, para llevar sus luces y su misión de sabio maestro á Chile. Muy tarde fue alumbrada la cuna de estos titanes por esos focos de luz que se llaman universidad é imprenta. Data de 1808 la *Gaceta de Caracas*. No le tocó en suerte á un realista sino á un revolucionario célebre —Miranda— traer tipos de imprenta para lanzar aquí y allá sus proclamas, que iban á ser devoradas por el fuego en Caracas, en la que entraron de contrabando, en los albores del siglo XIX, para prender la chispa de tánicas luchas, los libros que el *Índice* destierra de la curiosidad humana.

Toda la civilización de la simpática Montevideo—joya del arte—es muy moderna. Gracias á los ingleses, se introdujo la imprenta en el Uruguay, en 1807. Casi es de nuestros días el grande y fecundo—no obstante sus chistes y vanalidades—don Francisco Acuña de Figueroa, lo mismo que el recomendable don Alejandro Magariños Cervantes.

Bolivia no produjo escritores de estima, hasta que la Universidad de Charcas, en el siglo XVIII, comenzó á dar sus frutos en el campo de la inteligencia. Desconocida fue la poesía; la prosa sólo tuvo un representante: el cronista agustino Fr. Antonio de Calancha.

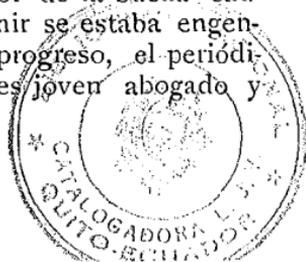
Aun en la misma Colombia, tan fecunda en lo moderno y de corte clásico en las letras, que ha sabido empuñar con orgullo el cetro de la poesía,

vemos la postración colonial, transparentada en los disparates de don Hernando Domínguez Camargo cuando elogia á San Ignacio de Loyola. Mutis no ponía aun su planta en la dilatada región colombiana, ni el sabio don Francisco José de Caldas comenzaba á esparcir la buena semilla que cayó en tierra fértil: sus lecciones formaron discípulos de valía que con sus estudios dejaban atrás los confesionarios y catecismos.

Anterior al divino Homero no nos queda en el primor helénico sino una prehistoria llena de mitos y leyendas, lo mismo sucede antes de Olmedo en las letras ecuatorianas. Salvo rápidos chispazos y diminutos intentos generosos, igual afirmación corresponde á toda la América Española hasta la víspera de su independencia.

El falso patriotismo y nuestra aérea vanidad querrán considerar como joyas, como reliquias á tantos infelices brotes gongorinos que corren parejas con lo que actualmente se ha dado en apellidar decadentismo; pero la justicia y la estética confesarán, á voz en cuello, que en el fondo nada valen esos vestigios literarios de resonancia sólo en los conventos ó en el reducido campo de la familia. ¿Irreverencia? No puede haber con los cachivaches.

Con la aurora de la libertad latino-americana irradiaron las letras de provecho en el Ecuador. Somos muy felices con haber venido á la vida independiente al són de la trompa épica de Olmedo, de la palabra arrebatadora de Mejía que acallaba á la del divino Argüelles, de la pluma rápida de Solano que en 1828 debía merecer la condena de la Santa Sede, del verbo ilustrativo y torrentoso de Rocafuerte, con sus folletos acerca de la tolerancia, y de la propaganda periodística del doctor Espejo, que preparó el camino como esforzado precursor de la buena causa. En los misterios del porvenir se estaba engendrando, en virtud de la ley del progreso, el periódico *El Quiteño Libre*, del entonces joven abogado y político doctor Pedro Moncayo.



V

Con tales antecedentes, injusto es el negro pesimismo tratándose de naciones que recién se asoman á la vida, desperezadas yá del mortífero sueño; de naciones que están en la infancia, y, sin embargo, dan muestras de precocidad. Mañana serán viriles, y sus fuerzas y sus obras comentará la historia con respeto. ¿Qué eran ayer los viejos Estados de la vieja Europa? ¿Qué sus mejores ciudades? Aldeas misérrimas hace algunos siglos. Cada invento, cada empuje del genio las ha ido encumbrando. A París—la moderna Babilonia—nos pintaban como un barrio estrecho y tortuoso, como una isla sin estética. Las demás poblaciones carecían de higiene, víctimas de plagas, enfermedades desoladoras, y envueltas en la sombra del atraso. Hoy son metrópolis opulentas, emporio de ciencia, arte, comercio y aseo, esas maravillas de la civilización que se llaman París, Londres, Berlín, &c.

El Ecuador es de ayer, de un ayer tan inminente con el hoy, que en la clepsidra del tiempo se confunden. Ha vivido muchos lustros en la postración y la ignorancia. ¿Nos entristecerá que hoy comience á dar pasos de gigante? ¿Qué son, pues, los cien años para un pueblo? Pocos minutos que apenas aprecia la filosofía del analizador de los sucesos humanos.

Dentro del primer centenario de su emancipación, cuenta el Ecuador con ciclos inolvidables: su Historia Antigua sembrada de nobles aspiraciones, proezas y titánicas luchas—los años de su independencia; extinguidas las llamaradas de civismo, viene la decadencia—su Edad Media, que se prolonga hasta 1895; de allí arranca su renacimiento, su reforma, su revolución social y política—la Edad Moderna, enriquecida con los dones de la civilización contemporánea.—Esto no quiere decir q' en la que me he permitido denominar Edad Media ecuatoriana, no hayan

surcido, para asombro de la historia, Justinianos y Carlomagnos, Godofredos de Bouillon y Pedros Ermitaños.

¿Para qué recorrer, sobre el cuadro de la independencia, las pinceladas épicas de nuestros mayores en los tiempos legendarios de lo que he llamado Historia Antigua ó Heroica? ¿Y su Edad Media?

Ni siquiera ligerísimamente entraré en la época, amarga para la República, en que el tacón del soldado extranjero golpeaba el suelo ecuatoriano, en tanto que el general Flores banquetaba con regocijo, entregándose al buen humor de la sabrosa charla, muy picante para la sociedad quiteña.

Tampoco me detendré en las consideraciones que me inspira la conducta de pasados gobernantes que obtienen de los congresos subsidios para el pontífice cautivo; que mandan colocar en las catedrales lápidas en conmemoración de medidas intolerantes; que, como castillo de naipes, derrumban á los presidentes; que se perpetúan en el mando, merced á la hipocresía; que autorizan la falsificación de moneda, los famosos *bregués* ó *chifis* que circulaban libremente.

Tantos males pasados obedecieron en gran parte á la pésima educación. Estudiando la sociología ecuatoriana, se verá la corrupción de costumbres, los funestos errores, el raudal de lágrimas que se deben á la ignorancia. No fue libre y humana la educación. La de la parte más interesante de la especie—la mujer,—se descuidó totalmente. Oigamos al señor don Juan León Mera, poeta ilustre y escritor de cepa conservadora: “El ingenio, dice, no escasea en las mujeres ecuatorianas, y siempre se le halla junto con la sensibilidad, la dulzura de carácter y otras tantas prendas del corazón que las constituyen un verdadero tesoro de nuestra sociedad. Pero, ¿por qué no brillan, como deben, en las regiones de la inteligencia? ¿Por qué no dan muestras de que piensan y sienten, y tienen facultades para pintar la naturaleza y fuerzas para disputar al

hombre las coronas y los lauros apolíneos? ¿Por qué enmudecen? ¿por qué se esconden? Ah! es porque no se las comprende, ni se las educa, ni se las estimula. Somos todavía semibárbaros en nuestro porte con respecto á las mujeres: las miramos como inferiores nuestras, á lo más como compañeras de nuestra vida material y objetos destinados al placer y al servicio interior de nuestras casas. No apreciamos en ellas el alma sino el cuerpo, no buscamos el dote de la inteligencia sino la efímera belleza de las formas exteriores. ¡Pobres mujeres! ¡cuán injustos somos con ellas! Círios que arden y se consumen en el altar de los deberes domésticos, flores que se marchitan y deshojan en aras del amor y cuya fragancia no trasciende fuera de las puertas de una casa.—Al contemplar la suerte de las mujeres en el Ecuador, comprendemos bien la razón que tuvo Eurípides cuando dijo en su *Medea*: “De todas las criaturas dotadas de vida y pensamiento, las más desdichadas son las mujeres.” El trágico griego, al desenvolver esta idea, busca la desgracia de la mujer, entre otras causas, en la sujeción á la vida doméstica, en no poder ensanchar el corazón fuera del estrecho círculo que le oprime, en no poder respirar libremente lejos del lugar donde se ha padecido alguna pena ó desazón. Nosotros hallamos la desgracia de las ecuatorianas en algo más íntimo y mas fundamental, en algo que se pudo evitar desde la niñez y no se evitó.

“—Estoy contento, nos decía un amigo, porque me ha nacido una hija.

“—Reciba usted mi enhorabuena, querido; si bien tras la primogénita le habría venido de perlas un varoncito.

“—No tal; y ojalá si llego á completar la docena sea con sólo mujeres.

“—Vaya con el capricho!

“—No es tal capricho sino conveniencia. ¿No ve usted que cuando nace un varón hay que pensar seriamente en educarle?

“— ¡Y qué! cuando nace una mujer.

“Oh! una mujer con poquisimo está bien educada.

“Comprendimos perfectamente el pensamiento del buen hombre: fue el mismo de la mayor parte de nuestros compatriotas que miran á las hijas como si fuesen mitad menos racionales que los hijos, é indignas de una educación esmerada.” (1)

Don Juan León Mera no se queda corto en ponderar los defectos de educación de la mujer, la obscuridad en que se la mantenía. Por no alargarme en un trabajo de transcripción impropio de estudios cortos, no me detengo en citar todas sus páginas acerca de la pésima educación de la mujer en los tiempos á que se refiere su autor. ¡Cuánto cambio en estos últimos quince años! Yá no podría quejarse el novelista ambateño. La educación de la mujer se ha transformado radicalmente. Lo que es la mujer es la familia, sociedad en pequeño; y lo que es la reunión de mujeres, es la nación, conjunto de familias. De aquí la importancia de contraponer la actual educación femenina á la de antaño, en la que, como en los planos de Magdeburgo, permanecía la mujer fuertemente pegada á la rutina, con una cohesión molecular invencible.

Verdad es que todavía no se ha pronunciado la última palabra; pero algo se ha hecho á nombre de la libertad bien entendida de la mujer ecuatoriana. Consuela que ogaño el espíritu femenino haya permanecido triunfalmente representado por almas de temple de acero como Marieta de Veintemilla.

La mujer se ocupa hoy en trabajos serios, en estudios que satisfacen, en demostraciones de arte no falsificado. Se la va arrancando del poder de los monopolios educadores, que iban matando en

(1) Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana, por Juan León Mera.

ella la energía para la lucha y el conocimiento de la vida. En los Institutos Normales, en la Escuela de Bellas Artes, en el Conservatorio Nacional de Música, ejecutan su actividad intelectual y el buen gusto artístico. Descubren ya nuevos horizontes, y vemos con gusto á la mujer abrazar carreras nuevas, profesiones comerciales, ramos de industria y de trabajo honrado, en diversas oficinas de correos, telégrafos, teléfonos, contadurías, imprentas, almacenes, bibliotecas. Han salido de la timidez monacal para desafiar, con ánimo sereno, las vicisitudes de la existencia. Todo esto es novedad halagadora. Antaño había miedo de enseñarlas á leer y escribir para que no tuvieran ocasión próxima de contestar las cartitas de los pretendientes. No es hallazgo mío: tal afirmación pertenece también al citado poeta don Juan León Mera.

Hoy, la mujer piensa y escribe; funda ligas y asociaciones; se reúne para deliberar. Tampoco le falta estímulo. Se la conceden becas y galardones. No há mucho que, en fiesta solemne, se coronó á la poetisa doña Dolores Sucre. En reciente regocijó patrio, 1907, Guayaquil agasajó á la reina del pueblo, premiando sus virtudes domésticas y su físico esplendor. ¡Salud á la gloria helénica!

Con una dosis menos de intolerancia en determinadas clases sociales, la victoria sería definitiva. Cuando Justiniano envió á la China á dos monjes persas para que arrancaran á sus moradores el secreto de la crianza del gusano de seda, encontraron muy tolerantes á los hijos del Celeste Imperio, hasta el punto de permitir la invasión de nuevas ideas y de nuevos dioses. De igual modo, quisiera abrir una pequeña brecha en esa como gran muralla de la China que entre algunas gentes no da entrada ni á lo más obvio, sin más que el prejuicio.

El papel de la mujer en lo social es de suma trascendencia. Si acoge lo racional, lo sano, lo perfectamente demostrado, la revolución sociológica está hecha. Lady María Wortley Montagu llevó de

Constantinopla, en 1721, el descubrimiento de la inoculación. ¡Ojalá alguna otra sabia mujer inculc que la sana doctrina, con la valentía de una Marieta Veintemilla, en el resto de sus compañeras reacias!

La quiteña hija del pueblo, de cualidades naturales y de gracia irresistible, para quien Salvador Rueda parece que hubiera escrito su poesía *La Mujer andaluza*,

“á quien una cuerda la inclina hacia el canto,
á quien una fuente la incita á lo heroico,
á quien un amante la rinde en sus brazos;”
esta simpática *chulla*, por lo general, no es la atávica mujer de antes. Hoy ha despertado de su larga c talepsia y ha adquirido hábitos de trabajo, dignidad, amor á la lectura, buen gusto, afición á los espectáculos que moralizan, como el teatro, hasta hace poco vedado para ella por pecaminoso. Ya se da cuenta de su situación, viste con decencia y ha mejorado sus costumbres. A una estimable porción le es familiar los conocimientos de farmacia, obstetricia, pedagogía é higiene. En labores de mano hace prodigios, con el hábil manejo de la aguja y de la seda: sus obras son de infinita paciencia, tanto que recuerdan las de los monjes bizantinos. Testimonio de este resurgimiento de la hija del pueblo dan las exposiciones escolares, torneos estimuladores de nueva factura. Repito que el social edificio no está concluido; pero siquiera se ha puesto la primera piedra.

Las escuelas de instrucción primaria para las niñas cuentan con moderno plan de enseñanza y en su mayoría están regentadas por personas idóneas que prácticamente les trasmiten el sentimiento de la vida, porque son profesoras que la conocen en la amplia escena del mundo social, pues no han vivido en el aislamiento, huyendo de la genté y despreciando las dádivas de la naturaleza. ¡Adelante! noble mujer latinoamericana.

Tal es la ley del mejoramiento de la especie, el himno inextinguible del progreso universal.

VI

Si es verdad que los pueblos son responsables de su suerte, y que la ley que para ellos dictan sus legisladores corresponde al grado de preparación y cultura de esos mismos pueblos, el Ecuador no debe sonrojarse de la mayoría de sus leyes que han obedecido á la inaplazable necesidad del progreso. No son simplemente inoportunos partos de imitación esas leyes que han germinado en el país, á pesar de la sistemática resistencia de algunos entusiastas partidarios de una sola ley—la de la inercia. Si no siempre se ha consultado el equilibrio social, ha sido precisamente en virtud del choque de los que con tenacidad han preferido el reposo al movimiento.

Soy franco: nuestra legislación es un dedalo, un espeso bosque de anomalías y reformas, mal que no es de hoy, turbia corriente que viene de muy lejos. Con todo, entrando cautelosamente por aquella selva, entre lianas trepadoras é inútil yerba, hallamos plantas medicinales, árboles seculares, espacios despejados y hermosos.

Bastarían cuatro leyes para merecer el título de civilizados: la de instrucción pública, la de matrimonio y la de registro civiles y la de creación de cementerios laicos.

A fin de amortiguar la impresión que no pocos recibieron con la desconsoladora lectura de que estamos en mantillas en todo orden de cosas, quiero consagrar algunas líneas á las últimas leyes del país, tomándolas en montón, porque no sería posible detenerme á analizar cada una. Fatigaré, por lo larga, tal enumeración; pero la considero urgente. Leyes hay que, diseminadas como piedras miliarias por la senda del progreso, son pruebas monumentales de la marcha hacia el ideal, dando las espaldas

á todo lo pasado. Su estudio sería materia de unos cuantos volúmenes, por ejemplo, repito, la de instrucción pública, que ha transformado la enseñanza de la República, propagando el aprendizaje libre, nacionalizando la educación y prestando garantías é independencia á los empleados de dicho ramo. Será incompleta y todo lo que se quiera, pero es ley importante y regeneradora, que cayó como un rayo sobre las viejas usanzas, pulverizando la rutina, las estériles teorías y los rancios pasatiempos. Los reglamentos internos de los planteles de educación y los planes de estudio comenzaron á hablar de desarrollo intelectual y físico, de aparatos de gimnasia, de preceptos de higiene, de instrucción moral y cívica para formar al ciudadano, en el que palpите sinceramente el alma nacional. La pedagogía moderna acerca de la escuela hallaba sostenedores que se detenían á comparar los diversos métodos, á fin de preparar á los hombres para que fuesen "lo que deben ser en la sociedad," tendiendo, como decía Pestalozzi, "no á formar precisamente buenos artesanos, buenos comerciantes ó buenos soldados, sino á formar artesanos, comerciantes ó soldados, que sean hombres en el sentido elevado de la palabra." Desde entonces, se dejó exclusivamente para el hogar la educación religiosa, sin descuidar en las aulas la inculcación de la moral práctica y el hondo sentido en lo bello. La Carta Fundamental manda que la instrucción pública sea laica, y casi se ha obedecido la sabia ordenanza. ¿Reconoce la ciencia como el mejor sistema de educación el laico? Si nos inclinamos ante la experiencia, preciso es confesar que no es un despropósito la adopción del racional principio. Si previamente se sostiene lo contrario, la argumentación sería inútil y hasta podrían ser motejados de sandios ó locos quienes así piensan.

En 14 de abril de 1897 se sancionó la ley de división territorial que facultaba á las Municipalidades el establecimiento de parroquias civiles, la determinación de sus cabeceras y el trazo de sus

límites. Lo primero era conocer el terreno, por esto, con arreglo á la expresada ley, se formaron cuadros muy oportunos, pues venían á recordar cosas casi olvidadas. Después se intentaron los mapas de la República.

La Asamblea Nacional del mismo año creó júridos de imprenta en los cantones cabecera de provincia, á fin de que conocieran de las injurias y calumnias y las penaran. Es innegable que la libertad de imprenta no ha sido un mito durante el régimen republicano. Se ha abusado de esta libertad, pero realmente edifica y admira que haya habido presidente tan respetuoso de esa prerrogativa como el señor general don Leonidas Plaza G., quien ni se quejó jamás ni castigó el bandolerismo de ciertos periódicos de encontrados credos políticos que diariamente le mordían el alma. Entraban como ladrones al hogar, se apoderaban de lo más caro, de lo immaculado, la familia, la vida privada, y con furia salvaje lo enlodaban todo, tirando puñados de cieno al honor, entre risotadas y suposiciones canallescas. Estos piratas de la prensa, estos beduinos de las letras, jamás recibieron otra mortificación ó respuesta que el sublime silencio. Y llegó á tanto la magnanimidad del magistrado, que ofreció papel de imprenta á los diarios que le calumniaban é hizo cuidar con agentes especiales la vida de esos periodistas, amenazada, no por el jefe vapuleado, sino por algunos de sus entusiastas admiradores ó celosas autoridades que no podían mirar impasibles el desacato y el escándalo. Sólo en el reinado de la libertad se conciben acciones de heroica generosidad como éstas.

Pruebas de olvido de lo pasado y de amor son las jubilaciones y socorros á muchos personajes distinguidos de uno y otro campo, enemigos declarados del liberalismo algunos, pero á quienes no era posible dejar que sucumban en la miseria. Por no despertar recelos, no cito nombres, y además el personalismo resultaría odioso. Quizá eran actos de es-

tricta justicia; pero á veces el rencor ciega á Astrea é inclina su balanza. Felizmente no sucedió así con el legítimo sentimiento de libertad, encarnado en un partido luminoso.

Este supo honrar también á los que sucumbieron en la lucha, perpetuando sus nombres y reverenciando sus reliquias. En recuerdo del ínclito Montalvo, una ley ordena la adquisición de la casa donde nació el genio cosmopolita, á fin de convertirla en plantel de educación. Hermosa idea lanzada á los cuatro vientos: no es imposible su ejecución cuando la iniciativa ha abierto ya el camino. La memoria de Vargas Torres fue honrada desde el primer momento: otra ley dispuso que el puerto de Limones, la plaza principal de Esmeraldas y la Escuela de Agricultura del mismo lugar recordasen al héroe. Monumentos de más trascendencia se han mandado levantar al amparo de la ley y con la protección de la libertad, como el gigante y artístico á los próceres del 10 de Agosto, secundando la iniciativa de la Municipalidad de Quito. Decretada está la erección de una estatua que patentice las hazañas del general José María Córdova. Data del 19 de Octubre de 1899 la idea de perpetuar en el mármol al héroe-niño Abdón Calderón. Se han creado fondos para eternizar en el granito y en el bronce á los próceres del 9 de Octubre, á don Pedro Vicente Maldonado, á don Pedro Moncayo, á don Vicente León.

Ya desde 1897 no producía acción civil el pago de primicias. Era muy lógico dejar que la creencia se gobernase por sí misma. A esto obedeció la terminante circular del Ministro de lo Interior, aprobada por los sensatos.

Móvil plausible fue el que aventuró á los legisladores por las callejuelas de la Ley de Régimen Administrativo Interior, que en lo sucesivo ha ido sufriendo diversas modificaciones. Previó también la ley la formación de un cuerpo que acusase á los altos funcionarios; la apertura completa de la Biblio-

teca Nacional que antes, en manos meticulosas y apasionadas, servía sólo para suministrar á la juventud determinadas obras, muy chirles, muy fofas, como las novelitas del padre Coloma y los cuentos del canónigo Shmit, que la dejaban cual bajo la influencia del zumo de adormideras. Serán aquéllas dechado de perfección; pero prefiero para la juventud las saludables lecciones de Plutarco, Smiles, Emerson

Constante tarea fue la de armonizar los códigos civiles y penales con las exigencias de la civilización, sin descuidar por esto el de minas, el militar y el de comercio.

¿Cómo negar que es un bien el establecimiento de colegios laicos que tarde ó temprano darán saludables frutos, pese á quien pese? Patriarcas de la libertad dieron vida, el 11 de junio de 1897, al Instituto Nacional Mejía, en la capital de la República, y reconocieron la validez académica del Instituto Agronómico Morla, patrióticamente fundado en la costa por los señores Darío, Horacio y Homero Morla. En Pelileo fue hermosa realidad el Colegio Benítez, y se destinaron algunos recursos para la Escuela de Artes y Oficios de la Sociedad Filantrópica del Guayas, benemérita institución de enseñanza. Se pensó establecer en Quito una Quinta Normal para el estudio teórico-práctico de agricultura. Idea igual germinó en el cerebro del patriota D. Luis A. Martínez, con la Quinta Normal de Agronomía que era su halagador ensueño para Ambato. Se facultó ampliamente, en 21 de Septiembre de 1900, el ensanchamiento de la enseñanza práctica de ciencias experimentales y de aplicación en los colegios y las universidades. Al eminente abogado y literato señor doctor Honorato Vásquez se le autorizó la fundación del Instituto Solano, establecimiento enriquecido con instrucción secundaria y superior, estudio de estética, crítica literaria, historia comparada de la literatura, jurisprudencia y ciencias públicas. Siguieron un sinnúmero de leyes

protectoras de la educación. Con sólo este cansado índice, el pesimismo, que todo lo ve sombrío, va alejándose poco á poco, hasta que se pierde en las costas de la risueña esperanza. Continuaré, pues, la enumeración, aunque temo fastidiar con la extensa lista.

Otras tantas leyes se ocupan de la creación de escuelas y colegios, como en Manta para instrucción primaria, comercial y talleres de aprendizaje de oficios; en Quito el industrial para señoritas, con becas para alumnas pobres; en Vinces la reconstrucción de su colegio nacional de niñas; en Quito, Guayaquil y Cuenca escuelas nocturnas para obreros adultos. La de la capital ha tenido vida regular, y hasta un periódico que velaba por sus intereses, como órgano de la escuela. El 20 de Octubre de 1900 crióse la Escuela de Bellas Artes, en la que el genio de Pinto, Manosalvas y otros artistas se puso de relieve. El 21 de Noviembre del mismo año surgió en Riobamba el Colegio Nacional Maldonado. Pecuniariamente ó con facilidades de aduana, se ha auxiliado á la Academia Libre de Medicina y al Instituto Anzóategui, cuyo material de construcción—hierro y madera—no causó los respectivos derechos.

¿Qué más? Hay constancia de la aprobación de convenios acerca de títulos profesionales, tratados de propiedad literaria, comercio, navegación, canje de paquetes postales, extradición, arreglo del servicio de correos con otras naciones; de las facilidades para q' puedan sentar sus reales las nuevas industrias, como fabricación de loza, elaboración de hielo, desarrollo de tenerías &; de acordarse de la Academia Ecuatoriana, adjudicándola un edificio; de habilitar algunos puertos y declarar libre la producción y tráfico de la República.

¿Qué algunas leyes quedaron escritas, qué otras son fútiles, que aquéllas de puro lujo, qué éstas favorecen á determinadas personas, que las demás son

erróneas é imprudentes? Cierto. No hago la apología de la miserable condición humana; pero es evidente que muchas leyes se pusieron en práctica con gran energía y desbrozando las malezas del camino, que la mayoría son bien intencionadas, que no restringen ni obstrucionan, en una palabra, que son la característica del progreso.

No justifico ni desiendo á nadie. Extraño al servilismo y al endiosamiento de los caudillos, no he invocado á ninguno para cantarle hosannas. He aludido únicamente á las Asambleas y Legislaturas, que, en nombre de la República y por autoridad de la ley, dictaminaron lo que les pareció equitativo, civilizador y conveniente. No digo: tal obra pertenece á fulano y tal otra á zutano; expongo que emanaron de la soberanía nacional, de un puñado de hombres de buena voluntad que no hicieron más que cumplir con su deber. ¿Se equivocaron? Muchas veces. ¿Se les maldecirá por esto, sin conceder que acertaron también en ocasiones? El deber no merece premio; pero quien se empeña en cumplirlo, da señales de que se perfecciona, es decir, de que progresa, obedeciendo una ley innegable y ascendente.

Toda idea, la más augusta y veneranda, puede ser explotada por la perfidia y ambición humanas. A la sombra de la libertad, como á la de la cruz y á la de la media luna, hay traidores. ¿Se negará por esto la excelencia de una causa? No es tal ni cual gobierno el que ha puesto una pica en Flandes con las reformas y sabias providencias: son la libertad, la paz, el bien, el progreso universal. En el reparto de la civilización ganamos todos, y la patria se encumbra, se engrandece. Depurados los vicios, acalladas las pasiones, quedarán entonces á flote los legisladores de los pueblos, como se destacan radiosos Moisés, Confucio, Jesús, Mahoma, Zoroastro, Pericles. Y se verá al fin qué idea hizo triunfar al mundo y empujó á la humanidad á su feliz palingenésia.

VII

La hermosa tierra ecuatoriana es tierra del porvenir. Su fertilidad, sus variadas zonas á propósito para que germinen semillas que requieren los climas ardientes de su costa ó los fríos de nuestros páramos y cordilleras; sus montañas que pierden el albo penacho entre las nubes; sus selvas impenetrables que encierran un mudo de sorpresas, de rumores, de magnificencias y riquezas, sus inmensos campos en los que florecen las gramíneas y retoza la ganadería; sus grandes ríos que del misterioso remanso van al vértigo del torrente, prometen mucho.

Mañana, tras laboriosa explotación, será el Ecuador fuente de riqueza y poderío. ¿Nada hemos hecho? ¿Quedaba todo por hacer y conocer, y hoy lo estamos conociendo y practicando todo?

“Pero, no es buena práctica lamentarse de desastres, y cruzarse de brazos. Aquéllos no son irreparables; ya que de su estudio viene la precaución para el porvenir. Nunca es tarde para la enmienda y menos tratándose de naciones, llamadas á vivir largamente. La caída misma trae la redención; y alguna vez, un escritor de la posteridad podrá repetir la paradoja: ¡Dichosa caída que nos trajo tal regeneración! Las naciones pecan algo más de setenta veces siete, que siempre podrán alcanzar misericordia.” (1)

Vengan la fuerza de acción y el olvido de las pasadas flaquezas. Comienza la era de prosperidad. ¿Podremos negar la ley del progreso?

¿Se publicará que el Ecuador es tan infeliz nación que no tiene aseguradas sus fronteras? La bilis del pesimismo ve luto y desolación por donde los de-

(1) Cien años de emancipación—1807-1907, por Remigio Crespo Toral.

solados ojos se pasean; doquiera cadáveres y ruinas.

“A los cien años, dice el eminente literato doctor Crespo Toral, nos encontramos con que el Ecuador no tiene fronteras. Estas nunca pudieron definirse mejor que en los primeros años de independencia; pero sea que las revoluciones nos empequeñecieran, sea que el padre de nuestra República, extranjero como era, no tuvo para ella el afecto que inspira y determina las empresas duraderas, no obstante haber él luchado y vencido por nosotros, es lo cierto que desde 1832, hemos venido postergando la demarcación con el Perú; y esta nación, artera y suspicaz por carácter y por sistema, pidió primero los límites de 1821, después los de 1832, después los de hoy. Su *statu quo* ha sido una marcha de conquista.”

Naciones más prósperas y viriles se han visto y se ven todavía en casos análogos al nuestro. La Argentina recién no más terminó su arreglo de límites con Chile, larga contienda que cubría de nubes de tempestad el cielo suramericano. Allá, en la fría cordillera de los Andes, como testimonio de esa solución pacífica que afianza la ventura de dos grandes pueblos, se levanta la colosal estatua de Jesús, redentor del mundo; que tanto predicó la paz á sus discípulos. Magestuoso vigila aquellas altas cumbres el Cristo, divino maestro de la conciencia humana, como un símbolo de amor que no olvidarán esos serios y florecientes países.

El Brasil, Bolivia—en parte,—Colombia, el Perú, el Paraguay, las Repúblicas Centroamericanas, Venezuela tienen aún pendientes sus cuestiones limítrofes: Tomando en cuenta nuestra situación, no se diga con burlona retiscencia q' mal de muchos Confío en el espíritu práctico, que anima á individuos y naciones, para no pensar en la guerra de ninguna de las repúblicas hispano-americanas que conservan todavía sin solución el arduo problema de fronteras.

Numerosos Estados esperan también el arbitraje. La República que recuerda al Libertador; acaba de convencernos de ello con el ruidoso fallo de la Argentina. ¿Extrañará que al Ecuador le suceda otro tanto?

El notable lírico nacional, cuyo señorío en las letras me complace en reconocer y al que sólo rectifico algunos conceptos pesimistas en estas desgarradas líneas, agrega lo siguiente:

“Culpa grande é imperdonable de nuestros gobiernos la de haber, ora por miserable ociosidad, ora por temor, ora por viles luchas de casa adentro, descuidado la conservación del territorio. Sin fronteras no somos nación, con un vecino enemigo que amenaza señalar nuestros linderos con sus bayonetas, no somos nación: los colores del Ecuador parece que se destiñen dentro del mapa del Continente; y el pueblo que dio el primer grito de emancipación, como que tiene que nacer de nuevo mediante el heroísmo y la sangre de sus hijos.”

Terrible acusación, apóstrofe flamígero del doctor Crespo Foral á los gobiernos anteriores. ¿Qué hicieron por la seguridad territorial? ¿Dónde están las expediciones científicas, los buques de guerra, las fortificaciones de nuestras costas? ¿Cómo han defendido el honor de la nación? Si muchas han sido las traiciones hay en la historia patria, señalando está la misma historia quiénes son los culpables.

Un patriota excelso, alma de niño y corazón de oro, incapaz de hacer el menor mal á nadie, en una de esas grandes inspiraciones del genio, celebró cierto tratado que era modelo de tacto, previsión y luz; pero la felonía de un pérfido hijo de la patria lo echó á mala parte, impulsado por el odio político. Este traidor descorrió el velo de los secretos diplomáticos é hizo fracasar criminalmente los sagrados intereses del territorio. (Se me perdonará que dé la noticia rodeada de algún misterio por la reserva que exigen las gestiones internacionales).

En tan delicado asunto, la indolencia, la tardanza son culpables. Tratándose de la integridad nacional, no son tolerables ni la imprudencia ni el sueño. Trabajar, trabajar sin descanso es el lema de todo buen patriota; cordura la consigna de los gobiernos honrados.

Una legión de vigorosas inteligencias se ha consagrado ardientemente en estos últimos tiempos al problema de fronteras. Con lo que se ha escrito, puede formarse clásica biblioteca: libros del doctor Honorato Vásquez, Alvarez Arteta, Vacas Galindo, Luis Cordero, Stein con su magnífico y vehemente *Pleito Secular*, Luis Antonio Chacón, Jaramillo, Pedro Cornejo y otras buenas producciones que, por no ser muy prolijo, paso por el dolor de omitirlas, hablando están del interés general de los ecuatorianos al respecto.

Los últimos gobiernos se han empeñado también, hasta donde les ha sido posible, en terminar el largo y francamente secular pleito de fronteras. Además de las obras luminosas apuntadas, existen tratados internacionales, comisiones diplomáticas, mapas que son prueba de mi aserto. Algo representan estas labores, por más que no sean la palabra final. Mucho queda todavía por hacer; pero tangible es lo que ya se ha hecho desde el advenimiento del partido liberal.

Corresponde á los días del partido liberal la gloria de haber ilustrado los problemas internacionales. Antes, á pesar de las generosas tentativas, como que no se los conocía claramente ó se los veía envueltos en una nebulosa. Rememórense las cavilaciones del tratado Herrera-García, y esto que el ilustre D. Pablo Herrera fue alta personalidad por su erudición, por sus viajes de anticuario á través de bibliotecas y archivos y por sus honrados sentimientos. ¡Todo un Congreso no supo cómo salir del enredo? Contra la convención tripartita luchó también el liberalismo, convención altamente perju-

dicial para los intereses del Ecuador y de Colombia sobre todo.

Presenciamos con júbilo en la actualidad que el eminente señor doctor Honorato Vásquez ha publicado alegatos que son monumento de estima para las ciencias públicas. El liberalismo, á nombre de la patria, le encargó tan delicada misión, posponiendo con decencia todo colorido de bandería, cualquier puntillo político que pudiera despertar susceptibilidades.

Queda la región oriental, manzana de la discordia, Paladión de eternas luchas. Todos los gobiernos, cual más, cual menos, han atendido rutinariamente al Oriente ecuatoriano, enviando á personas que han querido ir, porque á las intrincadas y lejanas selvas no fue posible *desterrar* á los mejores patriotas. Como no se ha contado con el sacrificio y la buena voluntad, los fracasos han sido múltiples y vergonzosos. En 1903, llegó á tratarse de un contrato de inmigración y colonización con el señor Federico Mariani.

Séame tolerado, en tan solemne ocasión, extraer lo que, con el alma llena de angustia, perturbado el entendimiento con la fatal noticia de la muerte de un ciudadano excelso, liberal, liberalísimo, acaba de expresar en artículo necrológico. Refiéreme á don Luis A. Martínez:

“Su actuación como Subsecretario y luego como Ministro de Instrucción Pública y Fomento en el de veras republicano período del señor general don Leonidas Plaza G., dejó huella luminosa. La historia hará justicia á sus dos grandes ideas: el ferrocarril al Curaray y el Instituto Agronómico en Ambato. A su honradez cotidiana unía un concepto práctico de la vida, un buen sentido, un refinamiento de artista que derechamente le llevaban al éxito. Sucumbió de dolor esta alma delicada que solía orar fervorosamente junto al mármol del acrópolis y gemir por la sombra de Pericles; sucumbió sin remedio al mirar su ideales ¡ay! imposibles ya

por la fuerza de la fatalidad y envuelta en la tiniebla la figura de la patria, á la que tanto amó, con el afecto de los buenos, como él, que se tiran de rodillas, en santo arrobamiento, ante las divinidades la Grecia inmortal."

Mucho hizo don Luis Martínez por la región de Oriente: los correos que se organizaban con más frecuencia, la remesa de víveres, el trazo de la línea que competentes ingenieros la hallaron muy hacedera, todo prueba su tesonero espíritu.

No se halle contradicción entre mi amargura infinita por la desaparición de hombres ciclopeos como don Luis A. Martínez y mi optimismo cuando hablo del progreso general, hijo de la libertad. No lloro determinadas catástrofes, tristezas y miserias: levanto la vista del fango, miro al pasado, miro al horizonte, me consuelo y canto. En virtud del conjunto sociológico, no quiero detenerme á examinar las llagas individuales que, por ser la excepción, vienen más bien en apoyo de la universal ley del progreso.

Posteriormente se han ido seleccionando á las autoridades que marchan al Oriente, como sucede con el entuñasta actual Gobernador, señor don Genaro F. García, quien nos ha dado detallado informe que nos llena de tristeza. El ferrocarril proyectado al Curaray no llegó á convertirse en radiosa realidad. ¿Es culpa del liberalismo? Los que no entienden la saludable doctrina, los que profanan la santa palabra, ¿representan genuinamente al partido liberal?

Conste sí que este partido se ha acordado de los intereses internacionales.

Las amargas profecías, las interrogaciones al destino no debe hacer el hijo que ama á su madre. Vivir prevenido es una cosa; comenzar por derrotarse, viendo endrágos á cada momento, es otra muy distinta.

No es la patria la *casa muerta* de que habla el poeta. Con tristeza profunda, al par que con arte

exquisito, Villaespesa cuenta sus impresiones á Francisco Villagómez:

“Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,
la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada . . .
Sólo á la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas . . .”

A pesar de la ley del progreso, la patria tiene sus desventuras y melancolías, como, no obstante la opulencia, el infortunio suele colarse de rondón en las regias moradas; pero no por esto veamos fantasmas ni nos acobardemos. El pecho no afeminado debe entonar un himno guerrero, jamás una elegía.

“La nación es una familia grande, nada más; y para que viva y crezca es condición que se consulte el bienestar de todos los asociados. Que el suelo sea pobre, que el territorio presente grandes dificultades para la comunicación, que vengan inciertas las estaciones á la agricultura, todo ello podrá ser evidente. Mas, no hay obstáculo que no pueda vencerse, ni tierra ingrata que no pueda alimentar á sus hijos.”

VIII

Después de que en los primeros capítulos dejé sentado el principio de tolerancia—una de las más espléndidas conquistas de la civilización—encamino mis pasos con ánimo apacible por el terreno movido de la religión en el Ecuador. Sólo la referencia á tan delicada materia da origen á la candente polémica y al odio implacable. Siempre las luchas religiosas, como la abierta caja de Pandora, llenan de plagas el mundo. ¡Qué crea cada cual en lo

que quiera, que ore, trabaje, produzca y sea feliz!

No me cansaré de abominar el exclusivismo. La verdadera libertad es tolerante. En uno y otro partido, tanto en el conservador como en el radical, el absolutismo es anuncio de desastres. Ni pasear campantes el patíbulo del Carchi al Macará, ni obligar á que det un confín al otro se cante la Marsellesa. El fuero interno es inviolable. Intentar someterlo á torniquete es furia de melilotos. ¡Viva la santa tolerancia! Cuando Voltaire clama por el imperio de esta augusta virtud, nos muestra regueros de sangre debido á la exageración sectaria, como el suplicio de Juan Calas y sus consecuencias. La historia nos horripila si de la contienda religiosa se pinta el cuadro sombrío.

Con franqueza: ¿qué partido político es más tolerante? Me refiero á los partidos organizados, no á las bandas ambulantes, ni á las cuadrillas. ¿El conservador? ¿El liberal? Salta á la vista que con leyes de hierro y oprimiendo las conciencia han gobernado los fanáticos de uno y otro credo que, á macha martillo, han querido hacerlo entrar en el alma de vencedores y vencidos, de tontos é ilustrados. Opinan los pensadores que el Estado no debe permitir las demostraciones públicas que hieren la creencia de los ciudadanos. Distráido pasa por ahí, sudoroso y cèlebre, el industrial modelo. Lleva encasquetado el sombrero hasta las cejas. De pronto ¡zas! Un ladrillazo le ha destrozado la chistera, con grave peligro de su vida. ¿Qué acontece? Oyó ciertas campanadas y no supo la costumbre: había que descubrirse y tirarse de rodillas en las baldosas de la vereda. Un fanático le enseñó la lección á pedradas.

Grite usted,—y aquí un taco soldadesco,—viva tal y cual, de lo contrario lo mato. El transeúnte que á altas horas de la noche se ve asaltado de tal manera, tiene que desgañitarse para salvar la vida.

Interminables procesiones desfilan por las

calles interrumpiendo el tráfico y perturbando el movimiento del resto de la población. Espere usted con paciencia y sin chistar: si respira usted, le rompen la cabeza.

En buena hora se derogaron los decretos legislativos de 22 de Abril de 1861, 18 de Octubre de 1873 y 4 de Agosto de 1892, que consagraban la República á diversos patronos que no eran del gusto general, por lo menos de la minoría, en un país, que, como los demás, necesitaba el imperio de una ley de cultos.

Sobre el cimiento de la tolerancia se levanta el sublime alcázar de las ideas. Respeto las creencias de todos, y nada me importa que cada cual sea religioso á su manera.

Acuérdome tan sólo, de las viejas leyes despiadadas que imponían un credo á todos, inclusive la minoría. La Constitución señalando estaba la conducta del Estado, acerca de este punto, como si el Estado esperase una vida ulterior, absurdo que la ciencia política rechaza. ¿Todavía se creerá formalmente que el Estado puede tener religión oficial? Esta mediano consulta los intereses é ideales de la familia ecuatoriana.

Los empleados de gobierno prestan previamente la promesa constitucional; luego para servir al país había que ser por la fuerza de la comunión que señalaba la Carta Política, desde que el juramento consistía en sostener y defender esa Carta exclusivista. El colmo de la esclavitud es el ciego sometimiento á determinado rito para poder ser funcionario público. Si la religión del Estado es musulmana, haced antes vuestras abluciones y descalzaos en el vestíbulo de la mezquita; si es protestante, cantad los versículos de la Biblia y no andéis con bastón el día santo; si es budista, quemad vuestros pebetes ante el ídolo, á fin de que vuestra ciencia, vuestras aptitudes y energías sean aprovechadas por el Gobierno Absoluto en bien de la comunidad.

Vino el partido liberal y meditó en este anacronismo. La razón de la general felicidad fue la suprema consultora y al fin, tras de porfiadas resistencias, encerrado en estrecho círculo de fuego el alacrán se dio la muerte, despechado de que en su derrota no hallaba salida por los campos del derecho constitucional. La observación zoológica ha probado que ese arácnido no se envenena á sí mismo, sino que con el calor arde su cerebro y quiere quitarse el estorbo de encima hasta que muere. Tal sucede con los testarudos que nada quieren conceder á la razón, á la evidencia. ¿Fue ataque bárbaro á determinada religión el que haya desaparecido de la Carta Política el artículo que reconocía el culto oficial? De ninguna manera: fue el respeto á todas; el epinicio levantado á la conciencia libre. Quedaron desde entonces deslindados los poderes temporal y espiritual. Con todo, determinadas colectividades que debieran encastillarse en las regiones del espíritu, se mezclaban todavía en el reino temporal. El liberalismo, como incansable misionero, les señaló el camino. ¿Suya la culpa de que algunos codiciosos continuasen suspirando por el dominio temporal? No les basta á el de la conciencia y anhelaban seguir llevando la batuta en la universalidad de los negocios. De aquí nació la lucha:

Pero el liberalismo, siempre noble y humanitario, no ha hostilizado á los vencidos: sin averiguar en qué cree cada cual los ha sentado á su mesa, en el pacífico banquete. Los honrados han sobresalido en el servicio de la nación, cualquiera que haya sido su fuero interno. La Constitución no les obligaba á alistarse bajo el lábaro de un credo; nada juraban de comprometedor á la dignidad humana.

No es honroso para la historia de la independencia confundir todavía el movimiento social y político del 10 de Agosto de 1809 con el religioso. Desvirtúanse así los hechos, y en vez de lo auténtico, sólo queda la fantasía, adornada con figuras pintorescas de conveniencia. Aplaudo la rica imagina-

ción—propia del bardo que trazó aquel tierno idilio *Mi Poema*—del señor doctor Remigio Crespo Toral, cuando reza:

“Los próceres de Quito, después de declarar su personalidad como pueblo y su derecho y su autonomía, levantaron los ojos al cielo, y escribieron las hermosas palabras que simbolizan la democracia cristiana: la libertad por la cruz; que es lo mismo que escribió el magno filósofo del Evangelio: “la verdad os hará libres.” ¿Somos religiosos hoy como quisieron nuestros padres que lo fuésemos? ¿Somos libres? El escándalo de la cruz ha venido al fin á ser escándalo en verdad de algunos de este pueblo: y una minoría fuerte por la audacia, dominadora como todas las minorías que constituyen poder, ha impuesto el Estado neutro, la instrucción neutra, la moral sin Dios; y es un hecho la cruz de la libertad, no la libertad de la cruz.”

Gustoso acepto las figuras de retórica y la elegancia por repetición—el retruécano—que como ejemplo imitado literato emplea su autor; pero al convertirlas en figuras de pensamiento aplicadas á la política, no las acepto por exageradas. ¿Es posible que un hombre de tan claro talento hable con seriedad del *Estado neutro* y de la moral sin Dios?

A la libertad—la verdadera libertad—considera el doctor Crespo Toral como sufrimiento, como cruz. Me asombra esta apreciación porque viene de un personaje muy inteligente é ilustrado. Por lo demás, respeto las opiniones del autor del *Ultimo pensamiento de Bolívar*.

La minoría fuerte y dominadora no ha hecho otra cosa que dar libertad á los ecuatorianos: la de conciencia, la de pensamiento, la instrucción libre. Hasta la raza india, todavía postrada y abyecta, ha obtenido algunas garantías. En leyes especiales y códigos de policía figurando está la protección á los indios: se reglamenta su arrendamiento de servicios, á fin de que en algún tanto dejen de ser una esclavitud. ¡Cuán patéticos y magistrales los escritos

acerca del concertaje, debidos á clásica y bien intencionada pluma! En cuanto á la instrucción, desde el 7 de Octubre de 1902 se suprimieron los privilegios para determinados gremios en perjuicios de otros.

El partido de leal y bienechora doctrina no ha hecho derramar ni una gota de sangre, ni una lágrima. Me refiero á la legítima libertad, no á las personalidades y caudillajes que la deshonran. ¿Ha habido persecución religiosa? ¿A quién se le ha arrancado sus creencias?

Ahí se yerguen, intactos y majestuosos, los templos, y, pacíficamente, se edifican otros; ahí prevalece, en campo abierto, el culto externo con sus ruidosas manifestaciones; ahí está intocado el árbol de la cruz, á pesar de que algunos de sus ministros han abusado de él y lo han convertido en garrote, palo de ciego contra los que no damos el menor motivo. Salir del santo apostolado, de la mansedumbre y caridad es empuñar el fusil en vez del báculo, vender en pública almoneda las joyas de los santuarios y hasta los candeleros de la liturgia para coleccionar dinero fomentador de odios; esparcir munición revolucionaria en vez de palabras de perdón, paz y consuelo.

Se persigue al lobo que arrasa el aprisco y no al manso cordero. Si con piel de oveja se han disfrazado algunos agitadores de la ignorancia popular para que el orden público se trastorne, ¿tendrán los gobiernos que cruzarse de brazos? Enérgicas tienen que ser á veces las medidas de salud: la cirugía no se anda con misericordias, á fin de salvar el resto del organismo. Si esto es el escándalo de la cruz, estoy en un corazón con el señor doctor Remigio Crespo Toral.

Desearía que, con la mano sobre el pecho, se me contestase á lo siguiente:—Si el partido conservador subiese al poder, ¿reestablecería el antiguo artículo 13 de la Constitución que atentaba contra la libertad de cultos; permitiría que se erigiesen otra clase

de iglesias públicamente; dejaría que la prensa ataque á los gobiernos y á las creencias; consentiría que en la enseñanza científica se prescindiera del dogma; favorecería la educación laica; negaría que el verdadero conservador no puede ser republicano; cerraría los hogares, las oficinas, las cámaras y hasta los cementerios á los disidentes? Ojalá fuese favorable la respuesta y el pueblo y, más que todo, “la minoría fuerte por la audacia” pasase en seco el Jordán! Entonces regocijado el historiador, cual nuevo Josué, tomaría doce piedras y grabaría en cada una de ellas el milagro.

“¿Somos religioso, hoy como quisieron nuestros padres que lo fuésemos?” Juzgo que ni los padres pueden imponer á sus hijos una religión cualquiera. ¿Lo podrá el estado? ¿Y qué otra cosa significaría el reconocimiento de una religión oficial?

Si las naciones europeas son muy civilizadas, ¿por qué avergonzarnos de que las imitemos? En literatura,—el arte en general—se aceptan los buenos modelos. Planta rarísima es la originalidad, por aquello de que nada hay nuevo bajo el sol, según enseña el viejo aforismo. ¿No ha de imitar el Estado? Las legislaciones se han copiado unas á otras, Tales de Mileto, Pitágoras trajeron del Egipto novedades científicas y filosóficas

La Francia es el baluarte del mundo. Sus disposiciones defensivas, sus órdenes de libertad y arte obedece al globo. Cuando ella llora, el género humano se entristece; cuando ella ríe, el universo se alegra. El Ecuador, á pesar de su pequeñez, se empeña en imitar á Francia. ¡Qué vergüenza! ¡Qué crimen! ¿Por qué tales sonrojos, por qué tales delitos? Porque somos débiles, porque somos niños. ¿Estaremos condenados á no crecer, á no robustecernos, á no ser grandes? Diminuto territorio el de la Grecia, país pequeño; y, sin embargo, ¡cuánta grandeza en esta urna inmortal! Y los helenos, con ser los privilegiados de la augusta madre Belleza, aprendieron de

los extranjeros, los imitaron, para sobrepajarlos eternamente.

“En verdad que es risible que ahora el Estado quizá más radical sea, después de Francia, el Ecuador: ¡a lo que arrastra el miserable instinto de imitación!”

¡Ojalá esta hipérbole fuese verosímil!

Falta de misericordia es anhelar que no sea *radical* después de tantos años de absoluta dominación conservadora.

IX

No hagamos coro á los sarcasmos que algunos extranjeros, faltos de sindéresis é ingratos, han dirigido á esta querida patria, sin detenerse á considerar sus mil circunstancias atenuantes. Por honra nacional, hago constar la exageración de este cuadro dantesco: “En el Ecuador, casi la totalidad de las poblaciones beben cieno destilado por agua; las ciudades no se han canalizado, y el aire que las envuelve guarda pestilencia y muerte; la luz es casi artículo de lujo. Caminos hay que los abrió el cayado del misionero ó la contera de la lanza del conquistador: lo demás lo ha venido arreglando la paciente mula, vehículo triste de las soledades andinas y de los bosques de la tierra baja.”

Como base de bienestar, la familia ecuatoriana pedía primero paz y tolerancia. Con tales factores, lo demás—el adelanto material—vendría por añadidura. ¿Cómo no escuchar los fuertes aldabonazos con que el progreso está llamando á las puertas de la República? Las naciones de allende los mares comienzan á conocernos y á analizarnos, lo que prueba que hemos salido yá de la obscuridad. El Ecuador ha asistido á exposiciones y congresos internacionales; el Ecuador se ha interesado por las empresas mundiales, como la Comisión Geodésica Internacional, á la que, por ley de 11 de Febrero de 1901,

ayudó con veinte mil sucres, prescándola, además, las facilidades y servicios que pudo. No fue desairado el papel que hizo el Ecuador en la Exposición Pan-Americana en Búffalo, cuya inauguración se anunció para el 19 de Mayo de 1901. Antes, los lejanos continentes no tenían claras noticias del Ecuador; pensaban que sus habitantes iban aún con taparrabo. Ahí están las cartas del padre Cuesta. En medio de las amarguras de la patria, no me desconsuelo: ya vamos surgiendo dignos de la civilización, sobre todo en lo moral.

Congresos y gobiernos se han afanado por la canalización y agua potable, señalando fondos y tomando constantes medidas. Guayaquil cuenta con agua potable, empresa gigantesca; Quito dio principio á la bienechora tarea y aglomera su material legado de Alemania; la obra de agua potable de Riobamba declaróse nacional. lo mismo que la canalización y desecación de Ibarra, el solado y saneamiento de nuestro puerto principal y la canalización y muelle de Bahía de Caráquez. Desde antes, Enero de 1896, se pensó en la canalización de Guayaquil, y en 1899 se crearon fondos. La ley de 29 de Septiembre de 1899 acordó la provisión de agua potable á Ambato y luégo la canalización, en la provincia de El Oro, de los ríos Pital, Buenavista, Caluburu y sus afluentes. Ley especial aprueba tanto la compra de las aguas de Yuyucucho al señor Salgado, en favor del cantón de Guano, como las facilidades para proveer de agua potable á Tabacundo. Y así de numerosas ciudades y poblachos.

Luz eléctrica—con varias y soberbias instalaciones—hay en Quito. No es artículo de lujo esta clase de alumbrado en Guayaquil, Loja, Latacunga. Pronto, en virtud de contratos que ya se formalizaron, habrá en Riobamba y Ambato, y hasta en la parroquia de Sangolquí, gracias á la instalación *El Progreso* del señor Leopoldo Mercado.

En 23 de Octubre de 1903, se dictó el reglamento general de salubridad para las poblaciones,

que, en su totalidad, han mejorado en costumbres y conocimientos higiénicos.

Caminos y ferrocarriles han sido la cotidiana obsesión—perdóneseme el pleonismo—del partido liberal. Enorme es la lista de los senderos que se han abierto y de las vías férreas que se proyectan, alguna de las cuales, como la de Bahía, está en actual construcción. Se han edificado nuevos hospitales. La locomoción se ha procurado ensanchar, de todos modos, ya decretando la libre importación de los automóviles hasta 1904, ya instalando líneas urbanas como en Guayaquil y Riobamba. Existe para Quito igual contrata, lo mismo que para un tranvía de Babahoyo á Balsapamba.

El Sanatorio Rocafuerte en Quito, el Instituto de Vacuna Animal, á cargo de la Municipalidad, la Casa de Maternidad, gracias á la adjudicación de las sucesiones intestadas de doña Tomasa Espinosa y doña Juliana Vallejo y los donativos del filántropo señor Rodríguez Z., no son quimeras.

Se ha ensayado el procedimiento de combatir algunas enfermedades: la fiebre amarilla, por los doctores García Drouet y Germán F. Lince, sin contar las actuales providencias; la tuberculósis con la obra del doctor Carlos Domingo Sáenz—para cuya publicación señalaronse rentas,—denominada “Ligeras consideraciones sobre la tuberculosis pulmonar en el Ecuador.”

Los ramos de telégrafos y correos se han ensanchado notablemente, llevándolos á las aldeas más apartadas. El teléfono á larga distancia presta buenos servicios.

En reparaciones de la Carretera del Sur—obra titánica—se gastan muchos miles, y á medida de las posibilidades se han abierto ramales.

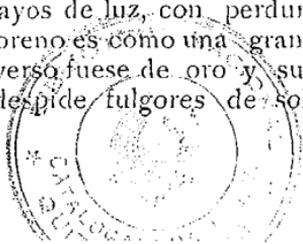
El Ferrocarril del Sur, que anhelante se ha detenido á descansar en la parroquia Alfaro (Chimbacalle), es obra de la porfía y del esfuerzo del partido liberal. Si García Moreno inició la magnífica y bienhechora empresa, los demás gobiernos ó se cru-

zaron de brazos, ó fracasaron, ó perdieron la fe en el éxito. Audacia ha sido dar remate á la impondrable obra, que, dígase lo que se quiera, es tangible realidad, á despecho de furiosas resistencias, por más que se recalque que "ayer, apenas, el ferrocarril, trabajosamente, como en un raptó de atrevimiento, ha llegado á Quito, á más de cuarenta años de haber iniciado su carrera: ha sido más lento su viaje que el camello del desierto." Como quiera que sea, yá su pito alegra los corazones y su penacho de humo nos desinfecta de prejuicios y abuyenta los murciélagos de los olvidados aduares. A su paso, hay sonriente despertar y nueva vida. ¡Cómo ha cambiado el movimiento de las ciudades ese monstruo de hierro!

Dij de barato que estuviéramos sumergidos en la barbarie y á punto de que nos coman los gusanos: con sólo el Ferrocarril del Sur pudiéramos llamarnos civilizados y nadar en el fausto. Esta obra por sí sola basta para llenar un siglo.

El Ecuador es país riquísimo, uno de los más opulentos de la América latina. ¿Cuántos habitantes tiene? De éstos, ¿cuántos son blancos? El indio casi nada consume de la importación europea. ¿A cuánto asciende la importación y exportación del país? La primera, que monta á suma considerable, está representada por la raza caucásica. Divídase su rendimiento por el número de blancos y se verá á cuánto por cabeza corresponde el gasto, que evidencia lujo extraordinario. La exportación es abundante, con productos que equivalen al oro: cacao, café, caucho, tagua. ¡Qué por mí hablen las Estadísticas de Aduana y las Memorias de Hacienda!

García Moreno bregó, con intrepidez y contancia, por el progreso material del país y también por el intelectual. En su labor inmensa hay muchas sombras, pero resaltan los rayos de luz, con perdurable refulgencia. García Moreno es como una grande y valiosa medalla cuyo anverso fuese de oro y su reverso de hierro: el uno despidе fulgores de sol; el



otro no tiene brillo, porque está enmohecido con manchas de sangre. García Moreno fue un sabio; pero aún éstos yerran siete veces al día. Sus obras son gigantescas: la gran Carretera del Sur, la Escuela Politécnica, el Panóptico, el Ferrocarril de Durán, la Escuela de Artes y Oficios &c: la medalla de oro continúa resplandeciendo; pero la otra cara es negra y fría como el hierro viejo: la parte moral, q' postró los ánimos; la falta de enfrenamiento á su tiranía, á su violencia y de un granito de sal siquiera para sazonar la misericordia. Estudió á fondo las matemáticas, la física, la química; siguió con prolijidad la evolución de la materia; vio la amiba, el átomo, la molécula, el infusorio; supo los secretos de la ciencia que no á todos se revelan. ¿Cómo explicar entonces sus extravíos morales y el aferrarse á ideas que han abatido al país, enervando su carácter y adornando su espíritu de investigación? ¿Cómo podríamos abismarnos en la psicología de este hombre inmenso? Su genio se destaca como una montaña de granito, dominando cumbres y horizontes con inexorable gesto. La conmiseración no fue su consejera; pero el valor y la inteligencia, la honradez y la sabiduría, como amables contertulios, sentábanse á su mesa, dando las espaldas al terrible despotismo, que hacía visajes en la sombra.

¿Qué decir de la Exposición Nacional que, en virtud de la ley que la éra del liberalismo expidió, se ha presentado en conmemoración del primer grito emancipador? Falta de tiempo, de remate oportuno, de tino en dirigir á las clases obreras, quizá de patriotismo, no permitieron que sea lo que debía ser. De todas maneras, el ensayo sirve de mucho y podemos apreciar la fuèrzay riqueza del país, siquiera en sus maderas, minerales y productos agrícolas.

X

La honradez, hé aquí la salvación de los gobiernos; honradez en todo: en las ideas, en los sentimientos, en la administración de las rentas. Los magistrados han caído por falta de honradez. Esta virtud no consiste sólo en no robar. La probidad es honradez; la verdad, honradez; el sacrificio, honradez; la modestia, honradez; la sinceridad, honradez; la libertad, honradez. No basta ser íntegro en el manejo del dinero; hay que serlo en las convicciones. Delicadeza también es honradez. Si con visos de legalidad egresamos sumas ingentes del tesoro nacional, para aventuras que nada significan, no seremos honrados. Escrupulosidad es honradez; conciencia firme y recta, y no elástica ni torcida.

¿Cuál división política ha sido más honrada? La majestad de esta virtud se extiende á todo. En el desierto de la vida es pirámide egipcia que guía al viajero.

Tienen errores, grandes errores los partidos, ¿cómo negarlo? Si la antigüedad y la práctica los perfeccionan, el partido liberal es nuevo, es de ayer. La dominación conservadora—larga dinastía—debió ser perfecta, á juzgar por los años y la experiencia. Tienen también los partidos grandes apóstatas é impostores que lucran á la sombra de una y otra bandera. Explotan los principios que informan á un bando para medrar astutamente. No me refiero á los falsos apóstoles: hablo del verdadero partido liberal, en una palabra, de la verdadera libertad. ¿Hay censura en esto?

El sufragio ha sido siempre un mito en el Ecuador. ¿Qué queréis? Acostumbrados los pueblos á que se les engañe, la indiferencia, la dejadez son las únicas batallas electorales.

Declaraciones de libertad de sufragio dieron á veces algunos gobiernos; pero la práctica ha desmentido á la teoría. ¿Cómo conjurar el peligro? Haciendo que el pueblo salga de la apatía y luche.

En los largos años de gobierno conservador, ¿cómo se han efectuado las elecciones?

Amagos de interés, tentativas de combate habido, dígase lo que se quiera, desde que despuntó la aurora del partido liberal. No le justifico su farsa eleccionaria; pero es un grano de anís menor á la de antaño.

Se puede citar algún caso raro de que no triunfó el candidato oficial, merced á la libertad, aunque fuese la sombra de libertad electoral.

Soy enemigo de que vote el ejército, tal como sucede aquí. No es que se lo quiera echar al olvido ni volverlo máquina; pero entre nosotros es obediente, es incondicional . . . y se presta á todo.

Pero, al fin de fines, para un mal que no tiene remedio todavía, conservadores y liberales, consolémonos con el tristísimo cantar:

Una misma es nuestra pena . . .

Pequeños y grandes países, todos han menester de la honradez. ¿Dónde está el mal? En la educación. El amor al lujo y á los placeres echa á rodar la honradez. Faltaba una base en la educación que, de tiempo atrás, ha sido aparente. Ignoraban las masas que existía un Evangelio: el trabajo; una santificación: el ahorro; una higiene del alma y del cuerpo: la sobriedad.

Hay que ir curando los males, hoy y que recalcar la enseñanza de provecho. Examínese el cáncer de agrupaciones é individuos.

El militarismo es funesta plaga social. Siempre lo atacó por la prensa. Mis anhelos sinceros: la escuela y la moral; militares de escuela, sabios con charreteras, varones de carácter, jefes y subalternos honrados.

El partido liberal de ogaño, el conservador de antaño, ambos apoyados en el militarismo; éste muchos años; aquél recién, para conseguir de un golpe cortar el nudo gordiano, pues sin la espada conquistadora no habría podido subir al poder. Quizás la plaga desaparezca, cuando la doctrina se

consolide y sea el pan de cada día en los hogares.

García Moreno, con ser quien fue, cuán incapaz de sostenerse sin recurrir á la casaca militar y á la gonela clerical. Los civiles se desvanecieron como pompas de jabón: Espinosa, Borrero, Cordero, García.

Sólo el hábil diplomático doctor Antonio Flores concluyó su período presidencial, en parte apoyado en la espada de su hermano que guardaba Guayaquil y, en parte, porque fue época de tregua, merced al cansancio de la lucha.

El militarismo, herencia de nuestros mayores, se ha perpetuado como crónica enfermedad.

Dada la tenaz resistencia que ha encontrado el partido liberal, sin la espada habría sido ó derrotado miserablemente ó absorbido.

“A modo de relámpago de brevísimo resplandor, asomó ese gobierno de Ascásubi y el doctor Benigno Malo; ese gobierno á la inglesa, tolerante y liberal, no de nombre; ese gobierno modelo, según sentir de un Pedro Moncayo. Relámpagos fueron también, en la noche de nuestra historia constitucional: Espinosa, Borrero, Antonio Flores (hijo del Padre de la patria) y Luis Cordero. García Moreno fue un caso de excepción, no sólo en este punto sino en casi todos. Su gobierno no fue militar en el propio sentido de la palabra; pero la agitación revolucionaria en que se movió ese hombre extraordinario y su carácter mismo imperioso é indomable, dieron á su poder los caracteres de dictadura. Dictador por naturaleza; sin quererlo, continuó la tradición de los gobiernos militares. Muerto él, fue gloria suya el que los hombres de espada que lo rodearon no fueran, sino los restos de antiguas tiranías de cuartel, los que inauguraron la dictadura del 8 de Setiembre de 1876, á la que el país debe la mayor de sus desventuras, como aquella otra que malogró no muy tarde la revolución del 45.”

Bastal Así habla el señor doctor Remigio Crespo Toral. Son sus propias palabras: satisfecho estoy de haberlas transcrito textualmente.

XI

Si el pesimismo hace resaltar los males de la patria, si deplora sus deficiencias, si anota la pobreza física y moral, en una palabra, los últimos cien años de postración ecuatoriana, es preciso también que descubra la causa de tantos dolores y dé el remedio. ¿Cuál es el secreto de las innumerables cuitas? La errada educación. Importantísimo es el problema: atañe á la psicología popular, se vincula estrechamente con la vida nacional; es el espejo de sus costumbres. Salud ó muerte encierra la educación.

García Moreno pensó en la ilustración á su modo, mezclada con el dogma, pero no en la educación, por esto se equivocó el grande hombre. El terreno se iba hundiendo, luego no era firme. ¿Cómo levantar el majestuoso palacio sin cimientos? Mucha apariencia y nada en el fondo. El espíritu altivo, el sentimiento piadoso, la sólida virtud eran meros vocablos al educar á la mujer. Yá dije cómo se la trataba: maniquí de ciertos gremios.

Generaciones de generaciones han sido educadas por cofradías exclusivistas, llenas de utopías; pero ayunas del conocimiento práctico de la vida. Se ha propendido fatalmente al idiotismo, haciendo de la mujer nada menos que una muñeca y del hombre un fracasado para las luchas generosas. Ráspese un poco la antigua corteza social y el pudridero saldrá con todas sus pestilencias. Lamentable ha sido el modelamiento, la formación del espíritu nacional, sujeto á estrecha y carcomida turquesa.

Ahora es distinto el concepto de la moral, y la existencia tiene otras fases antes desconocidas.

Montalvo fue uno de los primeros educadores: aclaró la conciencia, despejó el cerebro popular. No fue simple retórico, sino gran filósofo, pensador audaz en aquellos tiempos, periodista asombroso que derramó torrentes de luz y de erudición. Sufrió mucho... hasta el anatema y la censura de mitrados intonsos plumarios pedantes y críticos hueros.

“El *Cosmopolita* fue la sorprendente revelación de una inteligencia de primer orden que exteriorizaba sus ideas en una forma nunca vista en nuestra república literaria, por la belleza de la dicción, la originalidad del estilo y las galas de una amenidad adorable. Pero fue también—testificanlo los hombres de la época—una inundación. Nunca se había llevado á tal altura el estudio de los acontecimientos públicos, ni resonado la protesta con parecidos toques de clarín. Era verdaderamente la conciencia de un partido, que resucitaba, con esplendor magnífico; mas aún: ahí estaba el alma de la sociedad ecuatoriana. Se había encontrado la palabra . . . Sátira, crítica, filosofía, literatura, política, de todo hay en aquellos folletos que constituyen una época en los anales patrios; pero los tiempos no eran buenos, y la palabra se ahogó en el cansancio de un pueblo que carecía de las necesarias energías para ser libre, por haberse habituado á la servidumbre. Es inútil detenerse en esbozar la personalidad de Montalvo, tema agotado en nuestra prensa; pero es bueno hacer constar su influencia en las tres principales épocas de su actuación en la política. Pues si bien *El Cosmopolita* no cambió ninguna situación, *La dictadura perpetua* fue decisiva en el ánimo de los conjurados de Agosto, según ellos mismos lo confiesan; aquel libelo no fue una diatriba elocuente, sino una puñalada; y viene más tarde *El Regenerador* que vierte las sales de la ironía sobre el presidente Borrero y trata de encauzar por un rumbo de desinteresado patriotismo la política del general Veintemilla; y, por último, resuenan en la frente del mismo Veintemilla, los salibazos de desprecio, de asco, de sarcasmo ponderativo de las famosas *Catilinarias*. Antes, en medio y después, está un mar de amargura para su autor, víctima siempre de implacables persecuciones y de toda clase de atropellos: el hambre, el destierro y la muerte; y, cada día, mayores, la ingratitude y la injusticia.” (1)

(1) El Periodismo en el Ecuador.—Manuel J. Calle.

Fue Montalvo maestro genial en todo orden de cosas: política, literatura, historia, estética, filosofía. Enamorarse, como él se enamoró, de Grecia y de Roma es admirar lo bello, es decir, caminar á la perfección. Bella es la virtud; el vicio es feo y deforme. Había horror por el estudio de la historia de la antigüedad clásica, proscrito de los colegios. Montalvo propagó el gusto, trasladando á sus páginas los jardines de Academio, el ágora y el acrópolis griegos, y los campos de Cincinato, el foro y el coliseo romanos.

La sociedad, mirada en lo más hondo, sentía desaliento, decrepitud, por la abyección en que había vegetado. Eiróneas eran las nociones de las cosas. En la entraña social había mucha corrupción. Montalvo removió ese fondo, puso de manifiesto las llagas populares, fustigó á los malos, tocó á somatén. Entonces la moral de relumbrón dejó caer su ropaje de oropel y quedó en toda su desnudez el organismo gangrenado.

A pesar de lo mucho que el liberalismo ha hecho por la educación, ésta se resiente todavía de las viejas costumbres.

Conocer el mundo, saber la excelencia de la vida, ser francos y humanos, hacer de la honradez una religión, ahí aquí lo que faltaba. Se ha ensayado esta mejora; pero el éxito no es aún satisfactorio. Hay muchas resistencias, hay suspiros desgarradores por la cebollas de Egipto.

¿Se continúa en nuestros días con el defecto de ilustrar, pero no de educar? Preciso es declarar solemnemente que nó, salvo algunas excepciones. Perdido estaba el carácter, pisoteada la dignidad por la ciega obediencia. Comienza, como un león herido, á desperezarse el sentimiento del honor, y el pueblo yá no es el misérrimo siervo de la gleba de lustros anteriores.

Aun cuando la juventud actual no es la de antes, todavía están algo nublados sus horizontes en lo referente á los ramos de enseñanza y al estímulo

á los profesores, pobres mendigos del huérfano Erario.

Cuando los mediocres colegios y las universidades—lujos nominales—se cierran, y, en cambio, se levanten en todas las ciudades, cañones, y hasta en las misérrimas aldeas, magníficos planes de instrucción primaria, escuelas de artes y oficios, legítimos templos de Minerva, seremos felices. Más que bachilleres ramplones, necesitamos buenos ciudadanos, hombres laboriosos y honrados, obreros de conciencia. Los titulados, los doctos de dañada intención, gente sofisticada que alborota el cotarro, son una amenaza social. En cambio, los sabios de verdad son los ángeles tutelares de la patria. No tendremos bienestar, como afirma el señor doctor Crespo Toral, con la plétora de seres improductivos.

“No por esto se crea que habrá de conseguirse la ansiada ventura con el gobierno sólo de ideólogos y letrados, de los bandidos de muceta y de los bandidos de pluma, á quienes aborrecía Rocafuerte y denostaba García Moreno. Lo que constituye el equilibrio en que se afirma la libertad es el gobierno de los honrados, de los hombres prácticos, entendidos en hacienda y administración, que puedan ser padres de familia de su pueblo, cosas que respeten la libertad de los demás como la suya propia, que toleren la representación de la minoría y hagan de la república un animado certamen de todos los partidos y todos los hombres públicos, empeñados en generosa rivalidad para procurar el bien de la nación.”

Instrucción primaria obligatoria, escuelas, escuelas es lo que necesitamos de preferencia; pero suavuosos edificios, como en los Estados Unidos. Basta y sobra con una universidad en Quito y facultades de ciencias modernas y experimentales en Guayaquil, Cuenca y Loja, para que los jóvenes lleguen por nuevos caminos—no por los trillados de siempre—á la coronación de su carrera. Que haya rela-

ción entre los centros de cultura y el número de habitantes. La Universidad de París es frecuentada por diez mil alumnos y por ocho mil la de Berlín. ¿Cuántos asisten a las tres de la República? ¡Tanto ostenta ilusoria!

La agricultura, el comercio, la industria piden brazos. La barra, el arado, la escoba, el martillo, la sierra casi no hay quien los maneje. ¿Se dejarán estas faenas sólo a los indios bravíos? El bachiller, esclavo de levita, no es capaz de tales tareas, las cree dehonrosas, en tanto que en el tapete verde, en el billar, en el café, en la oficina, en el hogar hace girones su dignidad y su vida. Educado de distinta manera, se formaría otra idea de los dones de la naturaleza.

Haya pocos y buenos colegios, de los que la juventud salga con ideas en la cabeza y nobles sentimientos en el alma: haya pedagogía moral y gimnasia corpórea; disciplina del espíritu para retemplar las almas y fortaleza en los músculos.

Bien sé que estas frases—quizá motejadas de insania—herirán la vanidad nacional ó desatarán el celo del terruño. No importa. Hagamos sólo el bien y prediquemos la verdad.

Tal es también la misión de la prensa honrada: no desviar el criterio público ni mostrarle tortuosos senderos, encrucijadas que conducen al presidio; corregir los vicios, el alcoholismo entre ellos, predicar el ahorro y mejorar los hábitos.

Hoy, que en el periodismo hay consolador adelanto y que surgen, con vida propia, grandes empresas en Guayaquil y Quito; hoy, que casi no hay pueblo ecuatoriano que no tenga su periódico, no es lógico fletar el pensamiento ni mendigar bajos apoyos. ¡Vibre endiosada la idea, con la armadura del invulnerable Aquiles y el casco de Minerva!

XII

Quiero terminar esta invocación á la ley del progreso con un recuerdo para la juventud ecuatoriana. ¡Qué estudie, afanadora, con la mirada fija en el más allá; q', día á día, vaya adquiriendo el moderno concepto de la vida! Las nuevas generaciones, activas en su conducta, tiendan á lo bello-útil, sin entregarse por completo al mercantilismo ni divagar del todo en el paraíso de la quimera. Propendan á viajar é ilustrarse. Sus cerebros, lozanos y robustos, asimilen lo mejor de la civilización; revelen más fondo sus pensamientos. Sea la juventud actual la más elocuente manifestación del viaje progresivo al santuario de todas las perfecciones. No conserven sus obras síntoma alguno de atavismo, cansancio y decadencia. Dando infinito vuelo á la idea, ofrezca creaciones que congratulen á la patria y halaguen á la dignidad humana. Reflexione en la misión que le toca desempeñar en la prensa: contrarrestar valientemente todas las tiranías, hablar la verdad al pueblo, pedir justicia, reparación, decencia, caridad; jamás profanar la mansión doméstica, ni dejar impune el delito.

A los que así se manejen, muy bien se les puede protizar con Bernardo Tasso al hablar de su hijo de 16 años: "No dudo que llegará á ser un grande hombre."

Por un abyecto, por un esbirro, por un degenerado que se tira de rodillas ante ídolos grotescos, surjan centenares de jóvenes pundonoros que prefieran la medianía honrada á la fama prostituida.

Veo que parte de la juventud se dedica á trabajos serios y pesa los intereses de la patria, sus problemas económicos, sus leyes, su industria, sus productos. Sus maestros dan ejemplo de laboriosidad é investigación científica. Los asuntos internacionales, los de instrucción pública, los de psicología de las multitudes, los preceptos de ciencia y arte, como tratados de matemáticas, revistas pedagógicas, textos de instrucción moral y cívica, monografías de

cantones y provincias, crianza de las abejas, plantación de árboles, cultivo del caucho, de la manicoba, incremento del cacao, del coco, del plátano son los temas del día.

No son el ocio blando ni la copia inútil fuentes de inspiración: la historia, los tópicos educadores, la crítica social y literaria, la contabilidad en sus distintas aplicaciones, hé aquí el numen moderno de la juventud. Bate palmas con sincera alegría, más por la invención agrícola é industrial, que por el ingenioso acróstico, el soneto despatarrado ó el ripio decadente y diabólico.

Joven soy y, sin embargo, envidio á los que á la sazón se educan. ¡Cuántas cosas, ayer no más, nos dejaron adivinar, sin que la explicación aclarara nuestras dudas infantiles, ni la ciencia, transmitida sin egoísmos ni restricciones, despejara las ofuscadas mentes! ¡Se nos privaba de bibliotecas y periódicos!

Dudar era un crimen; inquirir, atrevimiento; observar, tremendo desacato. Lo que el maestro decía era verdad como un templo. Así fuimos adquiriendo ideas erróneas de las cosas y odiando á los hombres ilustres. Después, el esfuerzo propio, la voluntad de hierro, el ansia de saber, han hecho que rectifiquemos muchos prejuicios que la deficiente información y la convencional enseñanza nos hicieron tragar como alimento sustancioso.

Recordar de los mayores, de las lumbreras de la República, de los hombres honrados de todos los partidos es mérito de la juventud actual. Va en peregrinación á la tumba del insigne maestro—Juan Montalvo—ve su aislamiento, y en el acto inicia suscripciones y prepara la homenejes para el genio y la difusión de sus obras, algunas completamente agotadas. Esto acontece entre los jóvenes guayaquileños; otro tanto han hecho en Ambato que, en breve, cantará la apoteosis de Montalvo en eternos bronce.

Dirige la mirada á otra parte, observa en la cúspide á un titán de la inteligencia que ha sido, en determinadas circunstancias, blanco del odio de ti-

rios y troyanos; reflexiona que hizo bienes á la patria y se anticipa á su apoteosis,—como los jóvenes argentinos celebraban los aniversarios del historiador Mitre,—y perpetúa en el mármol su nacimiento.

Otro grupo de jóvenes, acosado por dolorosa remembranza, juzga que es acto de reparación estimular al primer periodista ecuatoriano que brega sin descanso en la obscuridad de una vida llena de tristezas, víctima del denuesto, presa de los buitres de la envidia, ludibrio de la suerte que le niega lo que quizás á los ineptos y cobardes repartió ciegamente el pan, y en el acto le regala artística pluma de oro. Esta es símbolo magnificentísimo, por más que ese sublime pordiosero necesite algo de las arcas de Creso.

Al patriarca immaculado del civismo, Pedro Carbo, le perpetúa en el bronce un pueblo joven, que trabaja sin descanso; el lojano entona himnos de gratitud ante la estatua del filántropo Bernardo Valdivieso, y el quiteño consagra mármoles y estudios biográficos al precursor de la libertad, á Espejo, y al tribuno de la juventud don José Mejía.

A un viejo polemista católico, decano del periodismo, le regalan hermosa pluma de oro.

En Cuenca se agita la juventud para erigir monumentos á Abdón Calderón y á Fr. Vicente Solano.

Muere un patriota eximio, don Luis A. Martínez, sin rival como Ministro de Instrucción Pública, y la juventud de todos los partidos llora esta pérdida inmensa. Todos los periódicos honrados enlutan sus columnas; sus paisanos guardan tan venerandas cenizas en el Panteón de hombres ilustres.

Para esta juventud vigorosa y altiva, que no ha convertido su honor en bazar, viene, como una oda triunfal, el salmo de la vida del inspirado Longfellow:

Let us, then, by up and doing,
With a heart for any fate;
Still achieving, still pursuing,
Learn to labour and to wait!"

Sí, tengamos esperanza. El trabajo alienta y, en concepto de los esforzados y constantes, sólo termina con el supulcro. Quedan muchas obras de reparación: Numa Pompilio Llona carece de una lápida en su tumba; la excelsa Marieta de Veintemilla no posee un título digno de su nombre y descansa en hospitalario mausoleo; las cenizas de Federico Proaño, fallecido en Quezaltenango, andan revueltas en lejana tierra centroamericana, y el gigante —García Moreno— no tiene sarcófago ni estatua.

Amemos á la familia ecuatoriana, abracemos á nuestros enemigos, veamos en los hombres el lado bueno—el anverso de la medalla—, y perdonémosles sus pecados mortales.

Con el ejemplo, como Francisco de Asís, se predica más elocuentemente: avergüénzanse los perversos, huyen ó tal vez se convierten; enfervorízanse los tibios y los patriotas se estimulan. Los rasgos de pundonor producen frutos de bendición: reto, castigo significan contra los indignos. Saludable es la sanción moral. La juventud les ha hecho el vacío, se ha apartado de esos mozalbetes, caballeros de industria que, detrás del alba pechera, llevan muy enlodada el alma. Don Quijote fue hidalgo, sublime loco de dignidad; pero éstos sólo le imitan sus despropósitos y no sus rasgos de genio y de honradez.

¡Qué sea la vida pública de los jóvenes como una nítida hoja de servicios que pueda servir de corporal sobre el ara de la patria!

¡Que su vida privada conserve el reflejo de todas las virtudes para que, exteriorizada, no sea sino el corolario de la conducta que observaron en el hogar, dentro del cual, como en un templo, levanten, con fervido arrobamiento y con amor, una eterna oración—el bien! Con él progresan los individuos y las naciones en su éxodo del porvenir.

FIN

